

RAMON CUE, S.J.

MI CRISTO ROTO



COMPRAVENTA DE CRISTOS

BUENAS NOCHES, AMIGOS:

Voy a hablaros, en estas meditaciones, de "Mi Cristo Roto".

Es una historia íntima, sencilla, insignificante.

Como para contarla a media voz, en esta hora propicia, de versos y de música a media noche, cuando va a cerrar su programa Televisión Española.

Ya duermen, soñando —o sin soñar, que es mejor— con ángeles, vuestros niños. Me alegro. No es todavía para ellos esta historia. La comprenderían muy mal.

Es para nosotros, los hombres, un poco cansados del día; y otro poco —o mucho— cansados de la vida.

Y ojalá esta historia, como un cuento sencillo, nos contagie el sueño bueno, sin sobresaltos ni insomnios, de vuestros niños.

* * *

El protagonista es "Mi Cristo Roto".

Lo encontré en Sevilla. En la "Casa del Artista", prolongación del "Jueves"; ese pintoresco doble sevillano del "Rastro" madrileño. A los domingos del "Rastro" opone Sevilla sus "Jueves".

Y se dice: "Ir al Jueves".

Pues yo fui al "Jueves"; y en el "Jueves" encontré mi Cristo.

Y lo compré en jueves.

(Judas también lo vendió en jueves.)

Pero antes de deciros cómo, permitidme en esta hora de intimidad, dos confidencias.

Una, que me encanta ir al "Rastro"; casi tanto como al teatro; y más que al cine. Es un sabrosísimo espectáculo vivo. Y cuando no hay "Rastro" me meto en un "Anticuuario". Aunque esto sea una dolorosa tentación para la vista, que no puede alcanzar el bolsillo. Yo salgo de los "Anticuuarios" sin poder caer en la tentación de comprar nada. Y

cada día menos ...

La otra confidencia que, dentro del arte, me subyuga el tema de Cristo en la Cruz. Y que se llevan mis preferencias los Cristos barrocos españoles. Y si me urgís, más los andaluces; finos, elegantes, aristocráticos. Con menos músculo que los Cristos castellanos. Menos atletas fornidos; más esbeltos e intelectuales. No sé lo que daría por ser dueño absoluto de un Cristo de Mesa, Montañés, Cano, Mena o Ruiz Gijón ...

Si fuera mío —¡mío!— el "Cristo de los Cálices", de Montañés en Sevilla, me sentiría el más afortunado millonario del universo.

Todo esto es para explicaros por qué soy asiduo visitante del "Jueves" en Sevilla. Siempre pienso: Si yo encontrara en el "Jueves" un Cristo sevillano, pequeño, de buena talla, barato... Y me voy al "Jueves". Nunca lo he encontrado en estas difícilísimas condiciones. Sé que es imposible. Pero a sabiendas de ello recaigo en la tentación.

La última vez fue el mes pasado, en compañía de un buen amigo mío, Pepe Zarazaga, un trianero que vive en San Jacinto, y que anda también en su vida detrás de un Cristo. Mejor dicho: detrás de Cristo.

Nos incorporamos primero al río alborotado que es el "Jueves"; torrente humano de oleajes encontrados, por el cauce central de la calle, entre las dos riberas de puestos callejeros, en que se exhiben, sobre la acera o sobre mesas y cajones, los más diversos e inverosímiles objetos. Todo revuelto.

Porque a Cristo —¡qué lección!— se le puede encontrar entre tuercas y clavos, chatarra oxidada, ropa vieja, zapatos y libros, muñecos rotos o litografías románticas. La cosa es saber buscarlo: porque Cristo anda y está entre todas las cosas de este revuelto e inverosímil "rastros" que es la vida.

Pero aquella mañana no lo encontramos en el "Jueves" de Sevilla. Y nos aventuramos por su prolongación: "La Casa del Artista".

Más fácil encontrar allí a Cristo. Pero, mucho más caro. Es zona ya de "anticuarios". Es el Cristo con impuestos de lujo. El Cristo que han encarecido los dólares del turista americano.

Porqué desde que se intensificó el turismo también Cristo está más caro.

Por eso entramos en aquel sector internacional y peligroso con prevención y alerta.

Visitamos inútilmente dos o tres tiendas: ni un Cristo asequible.

Andábamos por la tercera o cuarta...

Yo confieso que me siento a gusto en medio de ese delicioso desorden de cosas bellas, ricas y nobles. Teniendo cuidado de no tropezar con una porcelana o no pisar un bajorrelieve ...

—¿Quiere algo el Padre? —me preguntó obsequioso el anticuario.

—Dar una vuelta nada más por la tienda. Mirar, ver...

—No faltaba más, Padre, pase y vea.

Iba como de puntillas en aquel universo encantado: bargueños, porcelanas, tapices, tallas, tibores, mármoles, azulejos, damascos, cerámica... y santos, santos; muchos santos. De todos los tamaños, estilos y procedencias. Parecía una "liquidación" de santos. La santidad puesta en venta. Nunca se ha negociado tanto con ellos. Pero no por lo que tienen de santos, sino por lo que tienen de bellos o exóticos. Es un signo de la época.

Y nunca se han falsificado tantos santos.

Ni tantos ángeles. Se han puesto de moda los ángeles barrocos como motivo ornamental. De la altura gloriosa de un retablo han caído hasta el servilismo humillante de sujetar una bombilla eléctrica...

Hoy que tanto escasean los ángeles de carne, poblamos de viejos ángeles policromados la decoración civil de casas, hoteles y paradores de turismo...

¡Cuántos ángeles caídos!

Pensaba todo esto, cuando de pronto, frente a mí, acostado sobre una mesa con incrustaciones, vi un Cristo sin Cruz.

Iba a lanzarme sobre El, pero frené mis ímpetus, no fueran a delatar mi interés por aquel objeto ante los ojos del anticuario que perseguía

todos mis movimientos.

Disimulé. Di un rodeo. Me acerqué de nuevo discretamente. Miré el Cristo de reojo... Y, ¡me conquistó desde el primer instante!

Claro que no era precisamente lo que yo buscaba. Era un Cristo todo roto. Pero esta misma circunstancia me encadenó a El. No sé por qué.

Fingí interés primero por los objetos que le rodeaban y los tomé en mis manos, para dejarlos en seguida: un marfil, un cobre, una miniatura. Hasta que mis dos manos se apoderaron del Cristo. Dominé mis dedos para no acariciarlo ...

No me habían engañado los ojos, no; debió ser un Cristo muy bello. Porque ahora, casi, casi, no era Cristo.

Era un impresionante despojo mutilado.

Por supuesto, no tenía Cruz. Le faltaba media pierna, un brazo entero; y aunque conservaba la cabeza, había perdido la cara... Pero en lo que restaba de aquel bello cuerpo, había tales proporciones, tan serena y perfecta anatomía, tal esbeltez de torso y piernas, tan sobriamente tratado el paño de su cintura, que desde el primer momento me decidí a quedarme con El.

Volví a acostarlo —con más cuidado ahora, como si se pudiera lastimar— sobre la mesa en que estaba antes. Y seguí examinando, sin verlos, marfiles, maderas, porcelanas...

Pero yo seguía pensando: ¿Será muy caro?

Imposible. Si está todo roto. ¿Habría notado el anticuario mi interés por el Cristo y querrá aprovecharse? ¿Tendré que quedarme también en mi vida sin este Cristo por falta de dinero? ¡Me ha pasado tantas veces!

Había que decidirse y abordar el problema. Pregunté primero el precio de un camafeo, luego el de un marfil. Fingí disgusto:

—Lástima: es todo muy caro ...

—¿Caro? Pues, ¿cuánto me da usted?

No contesté. Pensaba en el Cristo. Me decidí. Lo tomé en mis manos;

y adoptando una absoluta indiferencia le pregunté:

—Y, ¿esto?

No me atreví a llamarlo "Cristo". Estaba tan mutilado. Era casi más una "cosa", que un "hombre".

—Y, ¿esto?

Tal vez preguntando así lograría un precio más económico.

Pero me equivoqué.

Se acercó el anticuario. Tomó el Cristo Rotó en sus manos y exclamó:

—¡Oh, es una magnífica pieza! Se ve que tiene usted gusto, Padre, y sabe valorar las cosas. Ya lo creo; fíjese qué espléndida talla, qué buena factura. Este Cristo es, sin duda, de un buen escultor. Al menos de buena escuela.

Y la verdad es que tenía razón en todo lo que decía. Estábamos de acuerdo. Yo traté de rebajar los méritos por otro camino.

—Sí, pero está tan roto, tan mutilado. Le faltan un brazo y una pierna. Ni siquiera tiene cara

—No time importancia, Padre. Aquí al lado hay un magnífico restaurador, amigo mío, que se lo deja a usted nuevo. Este Cristo, restaurado, se lo digo yo, es una pieza de Museo.

Exageraba. Temblé. Me iba a quedar sin Cristo otra vez.

—Bueno; y, ¿qué precio tiene?

Volvió a ponderarlo, a alabarlo; lo acariciaba entre sus manos. Pero no acariciaba a Cristo, no: acariciaba la mercancía que se le iba a convertir en dinero. Aquello me dolió más. Insistí:

—¿En cuánto me lo vende?

Dudó. Hizo una pausa. Miró por última vez al Cristo. Fingió que le costaba separarse de él; y me lo alargó en un arranque de generosidad, diciéndome resignado y dolorido:

—Tenga, Padre; lléveselo; no es dinero, lléveselo. Por ser para usted —y conste que no gano nada—, tres mil pesetas nada más. ¡Se lleva

usted una joya!

Me quedé con las manos en el aire, extendidas y pasmadas, sin acabar de coger el Cristo.

—¿Tres mil pesetas? ¡Qué disparate! Es carísimo ...

Y volví la espalda tratando de interesarme en no se qué objeto que quedó frente a mí.

—¿Muy caro dice? Pero ¿usted, se ha fijado bien en lo que se lleva?

—Naturalmente —dije yo sin volverme—. Es carísimo.

Y así, de espaldas, empezamos, el anticuario y yo, a regatear sobre un Cristo. El, el vendedor, exaltaba las cualidades de Cristo para mantener la cifra. Yo, sacerdote, le mermaba méritos al Cristo para rebajar el precio.

Me estremecí de pronto en medio del regateo. Disputábamos el precio de Cristo como si fuera una simple mercancía. Volcábamos sobre Cristo la lucha vil de la oferta y la demanda.

Y me acordé, claro, de Judas.

¿No era aquello, también, una compraventa de Cristo? Sí, es verdad, de un Cristo de madera. Pero cuántas veces vendemos y compramos a Cristo —no de madera, de carne— en El y en nuestros prójimos.

Nuestra vida es muchas veces una compraventa de Cristos.

Indudablemente Judas quería más y los sacerdotes le ofrecían menos. Como yo entonces.

Y Judas fingía irse —¡como yo!—, para volver de nuevo al regateo. Y los sacerdotes simulaban no interesarles tanto el comprar a Cristo —¡como yo entonces!— para volver otra vez a insistir en el precio.

Total: lo de siempre; cedimos los dos. Nos avenimos los dos. Como Judas y los sacerdotes judíos. El anticuario, calculadamente, había pedido demasiado, para no perder tanto con la rebaja ya prevista. Yo conseguí nivelar el precio.

Y el que perdió, como en Judas, como siempre, fue Cristo.

Resultó depreciado; porque de las tres mil iniciales en que había sido valorado, me lo rebajaron a ochocientas pesetas.

Indudablemente el anticuario hizo negocio, como siempre, con aquel Cristo.

Y yo pagué por El ochocientas pesetas.

Me lo entregó medio enfundado en un mal papel viejo y arrugado que no lograba envolverlo del todo.

¿Para cuántos diversos paquetes habría sido ya usado aquel papel?

Antes de despedirme le pregunté si sabía la procedencia del Cristo y la razón de aquellas terribles mutilaciones.

En su información, tan vaga e inconcreta como suelen serlo las de ciertos anticuarios, mi dijo que procedía de un pueblo —no recordaba el nombre— de la Sierra de Aracena, en Huelva. Y que las mutilaciones se debían a una profanación de que había sido víctima allá por el año treinta y seis, cuando lo de la guerra española...

Me lo había imaginado desde el principio.

Apreté a mi Cristo con cariño y salí con El a la calle. Me acompañaba Pepe Zarazaga.

* * *

El artista restaurador que me recomendó el anticuario estaba cerca.

Entramos.

Le enseñé el Cristo. Y volvimos a hablar de dinero:

—¿Cuánto me cobraría usted por restaurar este Cristo?

El restaurador tomó la talla rota en sus manos, la examinó en silencio, le dio mil vueltas.

—Está estropeadísimo. Le faltan muchos miembros. Tengo que reponerle una pierna y un brazo enteros. Restaurarle casi todos los dedos que le han quedado astillados al arrancarlo de los clavos; repararlo todo para igualar la talla... Ponerlo en una Cruz. Y, sobre todo, esto es lo comprometido, tallarle, entera, la cara.

Ante esta prolija enumeración me eché a temblar. Trataba de justificar su precio. Insistí seco y tajante:

—Bueno, y ¿cuánto me cobra en total?

—Pues, verá usted; dejándoselo nuevo... Es un precio especial, me ha gustado la talla y le he tomado cariño al Cristo; por ser para usted, serán solamente mil quinientas pesetas.

—Muy caro.

—Es mucha obra. Está destrozado. Mírelo.

—Aun así, es muy caro.

Traté inútilmente de provocar un regateo. Fue inútil esta vez. No conseguí rebaja ninguna.

Me costaba más restaurar un Cristo que hacerlo de nuevo. Lo de siempre. ¡Qué misteriosa y profunda verdad!

Me acordé de la posibilidad de otros amigos restauradores que me lo harían más barato seguramente.

—Lo pensaré—le dije—. Y volveré por aquí.

—Como usted guste. Ya sabe dónde me encuentra.

* * *

Envolví de nuevo al Cristo en el papel viejo y escaso y salí a la calle, acompañado siempre por Pepe Zarazaga.

Pepe se ofreció primero a llevarme el Cristo. Luego me lo suplicó, insistente. Yo no se lo cedí. Fui un egoísta. Lo confieso.

Yo saboreaba la posesión de aquel "Cristo Roto" que al fin era "mío" y lo apretaba contra mí amorosamente.

Con aquel mal envuelto paquete debajo d brazo avanzábamos, Pepe y yo, comentando la compraventa, por el laberinto bullicioso de las calles sevillanas.

Era al atardecer. Cerraba el comercio. Obreros, muchachas, dependientes, oficinistas, regresaban con prisa a sus casas. Les esperaba el cine, el amigo, la novia, el bar, el paseo ...

Íbamos a contrapelo de aquel mundo enfebrecido.

Costaba avanzar por las calles estrechas.

Había que abrirse paso entre roces y empujones.

Yo defendía a mi Cristo.

Alguien, al pasar, tropezó con mi paquete y rompió más aún el escaso papel del envoltorio.

Yo no lo advertí entonces.

Pero al poco tiempo, al salir a calles más espaciosas y menos congestionadas, caí en la cuenta de que los transeúntes me miraban insistentemente con ojos extraños e interrogantes.

—¿Por qué nos mirarán? —le pregunté a Pepe.

Pepe volvió la cara y me examinó de arriba abajo.

—Por el Cristo; mire cómo lo lleva. Padre.

Efectivamente, roto el papel que mal lo envolvía, quedaba al aire la parte más mutilada de mi Cristo: un torso destrozado sin brazo derecho y sin cara... Al aire. En una triste y cruel exhibición.

Me estremecí. Por las calles de Sevilla yo paseaba, debajo del brazo, a medio envolver, el cadáver yerto y destrozado de un Cristo sin cara...

Me sentí culpable. Verdugo. Profanador.

Como si hubiera violado el sepulcro de Cristo y raptado su cadáver.

Traté de envolverlo cuidadosamente, uniendo los papeles rasgados y ocultando pudorosamente a las miradas callejeras e indiscretas los miembros mutilados de mi pobre Cristo Roto.

Eché de menos la sábana blanca en la que Nicodemo y José de Arimatea llevaban envuelto camino del sepulcro nuevo, otra tarde trágica, la del primer Viernes Santo, el cuerpo de Cristo ...

Y le dije a mi amigo:

—Tú, Pepe, serás José de Arimatea; y yo, Nicodemo, por las calles de Sevilla. Anda, llévalo un rato.

Y le dejé mi Cristo.

—¿No te parece, Pepe, que todas las tardes son tardes de entierro, perpetuamente, para Cristo?

Nos miraban antes los transeúntes extrañados porque llevábamos por la calle, sin envolver, un Cristo Roto ... —Pepe, fíjate, observa; ¿no crees, Pepe, que muchos, muchos de estos hombres y mujeres con que nos cruzamos, pasean por la calle un Cristo Roto invisible? El Cristo Roto de su alma, más roto y más mutilado que el nuestro. ¿Verdad que sí, Pepe?

Cerraba el comercio. Coches, taxis, trolebuses, motos, gasolina.

La gente salía del trabajo; obreros, empleados, dependientes, señoritos, oficinistas . . Marchaban a toda prisa al cine, a casa, al paseo, al bar, a la cita de la novia... ¡Con un Cristo Roto debajo del brazo! ¡Con el alma rota!

Esta alma nuestra, que creemos esconder y disimular en la envoltura de nuestro cuerpo, pero que siempre, por algún sitio, por alguna rotura —ojos, labios, manos, gestos—, nos traiciona y muestra al desnudo sus miserias ...

Incapaz el cuerpo, papel sucio y viejo, de envolver el alma.

—Mira, mira, Pepe; todos somos y caminamos como un paquete mísero de un Cristo Roto.

Pepe, ¿cuándo acabaremos de enterrar a Cristo? ¿Cuándo dejará de ser Viernes Santo? Para que resucite, Pepe. ¡Para que resucite!

Al cabo, ya de noche, cerré la puerta de mi habitación y me encontré solo, cara a cara con mi Cristo.

Había dejado el paquete, tal como venía de la calle, encima de mi mesa; sin disponer de tiempo, acaparado por las ocupaciones, para contemplarlo y disfrutarlo sabrosamente.

Ahora sí. Porque al cerrar la puerta de mi cuarto, pude también cerrar con ella todas las puertas de las preocupaciones, compromisos, visitas, llamadas telefónicas...

Todo quedó fuera en la noche, detrás de mi puerta cerrada.

Sobre mi mesa el Cristo Roto.

Me acerqué al paquete; y cuidadosamente, con tacto de enfermero que descubre una llaga, libré a mi Cristo de la arrugada envoltura, con miedo de lastimarlo ... ¡Podía hacerle daño en tantos sitios! Todo El era una llaga en carne viva.

Aplasté el papel entre mis dos manos y tiré la bola arrugada a la papelera.

Miré al Cristo desnudo. Libre ya de envolturas.

¡Qué ensangrentado despojo mutilado!

Y me dio la impresión de que había tirado al cesto una venda. ¿No tendría sangre por algún sitio?

Pobre Cristo. Un poco más y deja de ser Cristo.

Era mío. Lo había comprado por ochocientas pesetas. Quise entrar en su posesión sellándola con un beso. Un beso que borrara el precio y el regateo. Un beso —el primero— de bienvenida a mis brazos y a mi vida.

Lo levanté entre mis dos manos y lo acerqué a mis labios. Pero el beso me preguntó: ¿En dónde? ¿En qué parte me poso, que no esté rota?

Yo nunca me he atrevido a besar a un Cristo en la cara. ¿Quién es digno? Me parece repetir el gesto de Judas que se atrevió a su mejilla... Le beso las manos. Las llagas.

Y siempre los pies. Los dos. Porque casi siempre están tan juntos, que con un solo beso, como un solo clavo, le atravieso los dos pies.

Pero, ahora... Ahora le faltaba la pierna derecha; y no estaba completo el pie izquierdo, el único que le dejaron.

Allí se posaron mis labios.

Fue un beso nuevo, extraño, incómodo.

Mis labios no encontraron el molde conocido y saboreado de los pies de Cristo.

No sabían besar aquel solo pie roto. Sin compañero y sin clavo. No sosegaba mi boca en la posesión del beso.

Me daba la impresión de que los labios se me llenaban de astillas y de sangre.

Y, sin embargo, desde que lo probé, prefiero el beso incómodo y punzante sobre el único pie izquierdo y astillado de mi pobre Cristo Roto.

Pero, antes de continuar, amigos televidentes, os voy a enseñar mi Cristo.

Supuse que al oírme hablar de El, os iba a interesar conocerlo. Y lo he traído a los Estudios de Televisión Española.

Este es. Miradlo. "Ecce Homo". ¡He aquí al Hombre!

¿A que os gusta?

¿Verdad que es muy bello?

Qué perfecta anatomía en su pecho, en su torso, en su vientre. Qué sobria y discretamente tratado el paño de su cintura. Qué esbelta y proporcionada su pierna. Qué elegante y fino el brazo. Qué varonil y apretada su musculatura.

Pero, claro, le falta entero su brazo derecho. El izquierdo lo tiene mal adherido al hombro; y la mano quedó partida al arrancársela violentamente del clavo...

Le falta la pierna derecha, seccionada por la mitad del muslo. Conserva la izquierda, pero pagada aprisa y sin cuidado.

Y, sobre todo, está sin cara. Se la rebanaron literalmente. Cristo sin rostro. Cristo anónimo. Fantasma.

Pero es muy bello, ¿verdad?

Aunque muy triste.

* * *

Así, con amorosa pena, como vosotros ahora, lo estaba yo contemplando entre mis manos aquella primera noche, en mi cuarto,

solos los dos, después del primer beso.

¿Quién lo mutilaría tan cruelmente, el año treinta y seis, en la Sierra de Aracena?

Yo no sé si habrá en la historia un año en que hayan perecido tantos Cristos, y tan bellos. Por el hacha, por el petróleo, por el fuego. Para alimentar la calefacción. O cebando un horno para cocer el pan.

Imposible hacer un cálculo.

Sólo Dios tiene completa la estadística de los Cristos sacrificados.

* * *

Y los Cristos que entonces se salvaron, siguen condenados a muerte por el Comunismo. Están los primeros en la lista negra.

Aunque, tal vez no.

El Comunismo ha cambiado de táctica.

No le resulta práctico quemar Cristos.

Está ya muy visto.

Y, sobre todo, muy mal visto. No es buena política exterior.

Hoy prefiere el Comunismo respetar a los Cristos —que al fin son imágenes de madera o de pasta— y atacar la claridad de las ideas y los criterios.

Hoy el Comunismo no usa ni el petróleo, ni el hacha, ni el fuego. Hoy maneja la niebla. Una niebla que borre contornos, que elimine fronteras, que desvirtúe límites. Una niebla que insensibilice y adormezca. Crear una mentalidad nebulosa en que tengan igual valor la verdad y la mentira. Porque ya no se sabe cuál es la verdad; porque ya no se tiene miedo a la mentira; porque se ha logrado el más peligroso y corrosivo fruto de una arriesgada convivencia para incautos: no saber dónde empieza el mal y dónde acaba el bien. Desprestigian la verdad a fuerza de obligarla a convivir con la mentira. Y desprestigiada la verdad, ¿qué le importa al Comunismo que el mundo esté lleno de imágenes de Cristo, si ya ha matado la más viva imagen de Cristo que es la Verdad?

Hoy, envueltos en la niebla equívoca de la convivencia, corremos el riesgo de no saber dónde está el enemigo agazapado.

Yo prefiero aquel Comunismo que quemaba y mutilaba Cristos. Que no disfrazaba ni disimulaba su odio a Cristo. Tiemblo ante un Comunismo refinado que sigue odiando a Cristo y que tolera y aguanta calculadamente a los Cristos. Que se profesa ateo oficialmente y que oficialmente pone telegramas al Vaticano. Que oprime a la Iglesia esclavizada en sus dominios y que halaga en el extranjero a la Cabeza Visible de esa misma Iglesia.

Un Comunismo que ha llegado a erigirse frente a los mismos Obispos en intérprete de las Encíclicas de Roma tras el telón de acero.

Antes quemaba las Encíclicas. Ahora las alaba interpretándolas a su estilo. Ahora el Comunismo, con las Encíclicas en la mano, acusa a los Obispos Católicos de no entenderlas ni cumplirlas.

Por eso al Comunismo le molesta que yo os enseñe por Televisión este Cristo Roto: Un mutilado superviviente de su táctica desacreditada.

Un testigo vivo de lo que fue el año treinta y seis.

Este Cristo Roto es la mayor acusación contra el Comunismo.

* * *

Así discurría yo aquella primera noche de mi primer contacto con mi Cristo recién comprado.

Y obsesivamente, como si me traicionara mi inconsciente culpable y criminal, le pregunté dolorido, casi en alta voz:

—Cristo, ¿quién fue el que se atrevió Contigo? ¿No le temblaban sus manos cuando te astilló las tuyas arrancándote brutalmente de la Cruz? ¿Qué cara puso cuando te partió la cara? ¿Qué ha sido de él? ¿Vive todavía? ¿Dónde? ¿En la Sierra de Aracena? ¿Que haría hoy si te viera en mis manos? ¿Se arrepintió?

—¡Cállate!—me cortó una voz invisible y tajante—. Cállate. Preguntas demasiado ...

Comprendí que la voz era de mi Cristo. Lo tenía entre mis manos. Clavé los ojos en su cabeza buscando sus labios, fuente de su voz. Y

me quedé paralizado al verificar que no tenía cara. Que me hablaba sin labios.

—¡Cállate, no preguntes más! —insistía su voz, más honda y susurrante.

Yo miraba en pasmo la superficie lisa de su rostro rebanado, en donde hubo un día ojos, oídos y boca.

¡Qué tonto! A veces nos olvidamos de lo elemental. Dios no necesita labios para hablarnos. Ni nosotros tampoco para gritarle a Dios.

Hay quien cree que no reza porque no mueve los labios; y tal vez está su corazón en perpetuo diálogo con Dios. Hay quien cree que Dios le va a oír mejor porque ha convertido sus labios en una incansable y rutinaria máquina de rezos, mientras su corazón está en otra parte.

¡Qué elocuentemente me hablaba mi Cristo sin labios! Su voz era irresistible. Y eso que parecía mudo. Nunca he tenido un Cristo que me hablara tanto.

—¡Cállate!

Su voz era mansísima; pero acerada y acosante:

—¡Cómo sois los hombres! Cuando se trata de los pecados ajenos, no se os agotan ni las preguntas, ni la curiosidad. Si es un escándalo público lo aprovecháis para desviar hacia él, liberándoos de ellas, vuestras propias ocultas responsabilidades. Pero, sobre todo, ¡cómo os cuesta a los hombres aprenden a olvidar! ¡Cómo sois! Creéis que tengo un corazón tan pequeño y mezquino como el vuestro, que no acaba nunca, plenamente, de olvidar y perdonar. Cállate ya. No me preguntes ni pienses más en el que me mutiló. Déjalo. ¿Qué sabes tú? ¿Qué sabéis los hombres? Déjalo. Respétalo. Yo ya lo perdoné. Olvidé lo que hizo. Yo me olvido instantáneamente y para siempre, de sus pecados, cuando un hombre se arrepiente. Yo perdono de una vez no por mezquinas entregas, con olvido infinito. Sin volver más a recordarlo. ¡Déjalo!

—Sí, Señor; enséñame a olvidar y a perdonar. Pero mi Cristo seguía hablándome:

—Oye, ¿por qué ante mis miembros rotos evocas el recuerdo de los

que en la guerra del año treinta y seis mutilaron mis Imágenes y no se te ocurre recordar a tantos y tantos que ofende hieren, explotan y mutilan a sus hermanos, los hombres, en la posguerra? Cuál crees que es mayor pecado: ¿mutilar una Imagen de madera que solamente me representa, o mutilar una Imagen mía, viva, de carne, en la que palpito yo por gracia del Bautismo y la incorporación a la Iglesia? Os olvidáis de que todos los bautizad sois auténticos Cristos y unos a otros os hacéis daño, os traicionáis, os echáis zancadillas, os perseguís, os odiáis, os crucificáis... ¿No es peor mutilar a un Cristo vivo que a su Imagen de madera? ¡Hipócritas! Os rasgáis las vestiduras ante el recuerdo del que mutiló mi Imagen de madera, mientras le estrecháis la mano o le rendís honores al que mutila, física o moralmente a los Cristos vivos, que son sus hermanos.

* * *

Yo estaba confuso, sin habla. La voz de Cristo, perceptible, en un susurro afilado, se me clavaba implacable y acusadora. Me acorralaba.

Por salir de ese cerco angustioso, por quedar bien con mi Cristo Roto, y por hacerle olvidar sus mutilaciones, se me ocurrió decirle:

—Es verdad, Señor; todos te hemos mutilado millones de veces. Perdónanos. Yo, por mi parte, si tú lo apruebas, tengo un plan...

—¿Cuál?

Mi Cristo se interesaba por mi propuesta. Yo me sentía más tranquilo y cómodo: había logrado desviar hacia otro cauce la voz indomable del Cristo que denunciaba nuestro fariseísmo. Y traté de darle más importancia aún a mi sugerencia. Insistí —¡qué ridículos somos los hombres!— para ganarme a Cristo y pasarlo a mi bando.

—Tengo un plan, Señor, que te va a gustar. Se trata de Ti mismo... ¿No lo adivinas?

—Dilo de una vez —me atajó el Cristo Roto—; no quieras envolverme, como a un pobre hombre, en la red del halago y la palabrería. ¿Qué se te ha ocurrido? Dilo.

—Te voy a mandar restaurar. No quiero, no puedo verte así destrozado. Restaurándote, pensaré que te desagravio por mí y por los

demás. Ya verás qué bien vas a quedar. Aunque el restaurador me cobre mil quinientas pesetas. No las tengo; pero las buscaré. Tú te lo mereces todo. Me duele verte así. Mañana mismo te llevo al taller del restaurador. Aquel que está en "La Casa del Artista", junto al "Jueves", donde te compré.

Me dijo que se comprometía a dejarte perfecto. Ya verás, Señor; te pondrá un brazo nuevo, te tallará otra pierna derecha, te completará los dedos que te faltan en pies y manos. Te retocará e igualará todo en tu encarnadura. Estás acribillado de raspaduras y arañazos. Y, sobre todo, ya verás, te labrará un rostro maravilloso; una cara de Hombre-Dios, para que me mires y para que yo te mire y te contemple. Te restauraré para tener un Cristo Completo. No un Cristo Roto. Aunque me cobrara el doble. No puedo verte así. Me duele. Es la primera y última noche que estás mutilado siendo mío. Mío, tienes que ser y estar completo y perfecto. ¿Verdad que apruebas mi plan? ¿Verdad que te gusta?

No. No me gusta —contestó el Cristo seca y duramente—. Eres igual que todos. Me has defraudado. Y hablas demasiado.

Efectivamente, en su voz se quebraba el desengaño.

Yo me comprendía egoístamente mezquino y culpable. No supe ni pude replicar.

Hubo una pausa de silencio como un pozo negro e insondable.

Lo tenía en mis manos y sin embargo me sentía infinitamente lejos de mi Cristo. No coincidían nuestros pensamientos.

Una orden, tajante como un rayo, vino a decapitar el silencio angustioso:

—No me restaures. ¡Te lo prohíbo! ¿Lo oyes?

Yo le aseguré temblando y azorado:

—Sí, Señor, te lo prometo; no te restauraré.

Estaba desconcertado; nunca pude sospechar que un Cristo Roto pudiera hablarme con tanta entereza y energía.

Luego suavizó inmensamente el tono de su voz y añadió como quien

pide una limosna:

—Gracias. ¡Te suplico que no me restaures!

Si el mandato anterior me había pulverizado, la súplica de ahora acababa por conquistarme definitivamente.

Sólo Dios, sólo un Cristo, dispone de esos inclasificables tonos de voz.

—Descuida, Señor. Puedes estar seguro de que no volveré a pensar más en restaurarte.

—Gracias —me contestó el Cristo, acariciándome con su voz de mansísimo agradecimiento—. Gracias.

Su tono volvió a darme confianza, y me atreví a preguntarle:

—¿Por qué no quieres que te restaure? No te comprendo.

—Ya lo veo ... —replicó lejanamente triste.

—¿No comprendes, Señor, que va a ser para mí un continuo dolor, cada vez que te mire, tenerte roto y mutilado? ¿No comprendes que me dueles?

—Eso es lo que quiero: que al verme a Mí roto, te acuerdes siempre de tantos hermanos tuyos que conviven contigo, desconocidos y lejanos, y que están como Yo, rotos, aplastados, indigentes, oprimidos, enfermos, mutilados ... Sin brazos, porque no tienen posibilidades ni medios de trabajo; sin pies, porque les han bloqueado los caminos y no pueden dar un paso adelante por la vida; sin cara, porque les han quitado la honra, el honor, el prestigio. Todos los olvidan y les vuelven la espalda... ¡No me restaures! A ver si viéndome así te acuerdas de ellos. Y te duelen. A ver si así, Roto y Mutilado, te sirvo de clave para el dolor de los demás.

—Sí, Señor. Ahora empiezo a comprenderte. No te restauraré jamás.

La voz de mi Cristo seguía sonando aquella noche de Sevilla, en la soledad de mi habitación, como el eco de una viejísima queja eterna...

—Mira: hay muchos, muchísimos cristianos, que se vuelcan en devoción, en besos, en luces, en flores, sobre un Cristo bello y se

olvidan de sus hermanos, los hombres: Cristos feos, rotos y sufrientes. Y eso yo no lo acepto. Ahora mismo, en estos días últimos de Cuaresma y en los próximos de Semana Santa, en todas las ciudades españolas —Sevilla, Valladolid, Bilbao, Málaga, Madrid, Zamora, Barcelona, Murcia, Cuenca, en todas—, se extreman las manifestaciones de cariño para todos los bellos Cristos Crucificados ... Pero esto no basta. Esto no vale, si falta el amor al prójimo sufriente, al hermano pobre, al Cristo de carne, crucificado y roto.

Por mi ventana entreabierta se metía en mi habitación la noche de Sevilla, tibia ya de jazmines, envolviéndonos en su perfume al Cristo y a mí.

La noche se me pobló de bellísimos Cristos españoles, desfilando, entre cirios y claveles, por todas las calles de España. Había un lejano fondo musical de órganos, de trompetas, de bandas de música, de aceradas saetas ...

La voz de mi Cristo Roto se hizo aún más triste:

—Hay muchos cristianos que tranquilizan su conciencia besando a un Cristo bello, obra de Arte y de Museo; mientras ofenden, mutilan o roban, al pequeño cristo de carne que es su hermano. .. Esos besos me repugnan y dan asco. Los tolero y los aguanto, forzado, en mis pies de Imagen tallada en la madera. Pero me hieren el Corazón. Tenéis demasiados Cristos bellos, demasiadas obras de arte de mi Imagen Crucificada, demasiados Cristos Completos, Perfectos, Apolíneos ... Y estáis en peligro de quedaros en la obra de arte. Un Cristo bello puede ser un peligroso refugio donde esconderse en la huida del dolor ajeno, tranquilizando al mismo tiempo la conciencia con un mentiroso amor a Dios Crucificado. Por eso deberíais tener más Cristos Rotos, más Cristos Mutilados. Uno, a la entrada de cada Iglesia; uno, en cada Semana Santa procesional; que os gritaran siempre, con sus miembros partidos y su cara sin formas, el dolor y la tragedia de mi segunda Pasión, en mis hermanos, los hombres ... Por eso, te lo suplico, no me restaures ... Déjame Roto. Aguántame Roto junto a ti, aunque amargue un poco tu vida. ¡Bésame Roto!

—Sí, Señor, te lo prometo. No habrá fuerza que te arranque de mí.

Y un beso, sobre su único pie astillado, fue la firma de mi promesa.

—"Desde hoy viviré con un Cristo Roto".

La noche de Sevilla lo besó también con invisibles labios de jazmines y damajuanas desveladas.

Pero desde esa noche yo no soy el mismo.

Algo se me ha grabado en la retina con adherencia eterna: la silueta de un Cristo Rotó.

La proyecto y la superpongo sobre todas las cosas.

Desde esa noche, no puedo ver un Cristo bello de España, sin proyectar sobre su armoniosa belleza Crucificada —Montañés, Mena, Alonso Cano, Velázquez, Mesa, Zurbarán, Greco, Ruiz Gijón—, el esquema mutilado, astillado y mudo de mi "Cristo Roto". Desde aquella noche yo sé que en cada hermano palpita vivo un "Cristo Roto" de carne.

Hasta mañana.

Buenas noches, amigos.

DIOS TIENE MANO IZQUIERDA

BUENAS NOCHES, AMIGOS:

Anoche —lo recordáis— le prometí a mi Cristo Roto, obligado por sus ineludibles y suaves urgencias, que no lo restauraría jamás. Que lo conservaría así, Roto, toda mi vida, a mi lado.

Yo no podía medir entonces todas las incómodas consecuencias de este propósito.

Os lo confieso: es muy duro vivir con un Cristo Roto. Tiene que acabar uno por quebrarse y partirse como El.

A los primeros cristianos les bastaba ver la Imagen de un Crucificado para conmoverse.

Al mundo, en veinte siglos de Cristianismo, se le ha endurecido el corazón. Ya nos hemos hecho a mirar impávidos a Cristo en la Cruz. Hasta nos parece normal y obligado.

¿Necesitará Cristo de una nueva representación dolorosa para llegarnos al alma?

Es un angustioso compromiso tener un Cristo Roto y no poder restaurarlo.

¿Qué hacer con El?

Eso es lo que yo me preguntaba cuando lo volví a tomar en mis manos.

Lo lógico hubiera sido colocarlo en una Cruz, puesto que lo estaba reclamando la postura crucificada de su cuerpo. Es un grito que exige una cruz.

Y yo estaba seguro que en el momento en que se la diera, mi Cristo hallaría en ella más cómodo reposo.

Me consolé: darle una cruz a un Cristo no es problema.

Y busqué un metro para tomar las medidas y encargarla a un carpintero.

Empecé a medir al Cristo. Primero, el tramo vertical: de la cabeza a los pies.

Ahora³⁹, el horizontal: de un brazo al otro; de la mano derecha a la

izquierda.

Pero me quedé con el metro en el aire, sin poderse lo aplicar.

Ni siquiera lo podía acostar en su Cruz.

¡Qué angustioso tener un Cristo Roto!

Imposible. No tenía mano derecha. Le faltaba, entero, el brazo derecho.

Ni siquiera lo podía Crucificar: que es su descanso.

Tendría que oír toda mi vida el grito de aquel cuerpo mutilado con sed divina de una imposible Cruz.

Y fui enrollando lentamente el metro entre mis dedos avergonzados, mientras contemplaba confuso a mi pobre Cristo fracasado.

—Señor, te quitaron el brazo derecho entero. Te lo arrancaron de raíz. No te dejaron ni muñón siquiera. Estás peor que aquel limpiabotas de Llanes, en Asturias, al que le faltaba la mano derecha; pero le había quedado un muñón que él mandó rematar en un gancho de hierro. Sujetaba, en el gancho la gamuza de lustrar; y entre la mano izquierda y el gancho de hierro, la movía con fuerza insospechada, presionando mi pie y sacando brillo a mis zapatos.

Señor, tú estás peor que aquel limpiabotas. No te dejaron ni un poco de brazo. Ni un muñón siquiera.

Estás manco, Cristo. Pero ¡no eres manco, no! ¡Qué bien haces todas las cosas, Dios!

¿Sabes a quién me recuerdas?

Perdóname. Yo a Ti te digo todos mis pensamientos. Me recuerdas otra escultura: La Victoria de Samotracia. Le faltan los dos brazos. Y a la Venus de Milo también. Pero ellas no necesitan los brazos. A la Victoria le bastan las alas, que agita caudalosas en el aire. Y a la Venus de Milo le sobra con su hermosura. Dicen que hasta está más bella sin los brazos.

Pero es que Tú, Crucificado, necesitas los brazos. ¿Cómo crucificarte sin el brazo derecho?

Y, ¿no puedes bendecirme! ¿Te falta la mano derecha! ¿Un Cristo incapaz de bendecir!

—¡Tonto! —oí muy quedamente—. Dios también bendice con la izquierda. Un Cristo, todo El, aun sin brazos, ¿es Infinita Bendición!

* * *

La misma tarde que compré mi Cristo Roto le pregunté al anticuario del "Jueves", en Sevilla, por el brazo derecho:

—¿No habrá modo de localizarlo?

—Imposible —me contestó—. No crea usted que no revolvimos ya todo el pajar de Aracena, en donde estaba tirada la Imagen mutilada. Encontramos, eso sí, la pierna izquierda; y se la pegamos, ya lo ve usted, provisionalmente ... Pero de la mano derecha, ni rastro. Y se lo repito: revolvimos todo el pajar. No dimos con ella. Sabe Dios a dónde habrá ido a parar la mano derecha del Cristo.

—El anticuario de Sevilla no sabía, Señor, por dónde andaba tu mano derecha. La buscó en Aracena, inútilmente, como aguja en un pajar.

Pero Tú, mi Cristo Roto, sí que lo sabes. ¡Vaya si sabes por dónde anda tu mano derecha! ¿Verdad?

¡Tu mano derecha! Un día la desclavaste para abrazarlo contra tu pecho —¡qué bien lo pintó Murillo!— al Pobrecito de Asís, mientras el santo daba un puntapié al fausto del mundo. Otra tarde, en la leyenda toledana del Cristo de la Vega, la volviste a desclavar para extenderla en el aire, y prestar juramento ante el juez como testigo, en un litigio amoroso ...

Tu mano derecha. ¿Quién puede localizarla? La estás desclavando continuamente. Y se te escapa siempre. No me extraña que no la tengas. Se te arranca, y anda por ahí, invisible, pero eficaz, haciendo de las tuyas.

¿Quién no siente, de vez en cuando, el roce suave de la mano llagada de Cristo? Esa mano irresistible que sin llamar a la puerta se mete en todas partes.

En el Hospital se posa sobre la frente enfebrecida del enfermo, y la

refresca.

En el lecho de muerte le cierra suavemente los ojos al agonizante y es paz eterna en su rostro dormido.

En la Oficina, en el Despacho, en la Fábrica, obliga a que el rostro sudoroso, inclinado hacia la tierra, hacia la materia, levante los ojos y mire al cielo.

En el Cine, en el Teatro, en el Espectáculo, se cuela de puntillas, como una ráfaga luminosa y musical, tras una imagen, una palabra, un gesto.

En el Cabaret, en el Muladar, en el Fango, es un ruido imprevisto, una falsa alarma inquietante. (—¿Quién anda ahí? —No, no es nada—). ¡Sí, es la mano derecha de Cristo!

Para el desesperado es un dulcísimo tirón que lo frena: —¡Déjame! —¡No! ¡No! ¡No te dejo!

Para el pobre, el calumniado, el triste, el fracasado, el solo, el incomprendido...

No podemos dar un paso por la vida sin tropezar con la mano derecha de Cristo. Nos sigue en todos los caminos. Avanzamos por un paisaje fantástico e invisible en el que la mano de Cristo se ha multiplicado hasta el infinito, acariciándonos, levantándonos, perdonándonos ... Está en el aire, en la luz, en el árbol, en la sombra, en la arena, en la ola, en la nieve, en la lluvia, en la noche...

Y es luz, es caricia, es relámpago, es freno, es llanto, es fuego, es sonrisa, es perdón, es paciencia ...

La vida es una selva virgen donde todas las hojas de los árboles son manos y manos llagadas de Cristo.

¿Quién podrá atravesar la vida sin rozar las hojas de la selva?

Vivir es andar entre las llagas de Cristo.

Nos lleva en las palmas de sus manos.

Detrás de cada línea del Evangelio está la mano derecha de Cristo haciendo bien a los hombres: niños, sordos, tullidos, leprosos, ciegos, pecadores, parálíticos...

La vida de la humanidad sigue siendo un Evangelio que se escribe todos los días. Detrás de cada palabra palpita, escondida, la actividad misericordiosa de la mano de Cristo. ¿Qué sería de nosotros si no fuera por su mano agujereada?

A mi Cristo Roto le arrancaron la derecha. El anticuario de Sevilla no daba con ella.

¡Y eso que está en todas partes, infinitamente multiplicada, en prodigiosa actividad, volando como un ala de un dolor a otro dolor!

Mí Cristo Roto no tiene mano derecha. Ya lo veis. Pero no hay que buscarla. A lo mejor, en estos momentos, alguno de vosotros, amigos, siente el roce de sus dedos —pellizco, empujón, caricia— en el fondo de su alma.

* * *

Mientras la derecha vuela atareadísima de alma en alma, la izquierda, la única que le quedó a mi Cristo —ya lo veis— está quieta, inmóvil. No hace nada. Parece que ni se entera, ni sabe nada de lo que anda haciendo la derecha.

Qué bien cumple mi Cristo Roto su propia lección moderadora de actividades ... "que no se entere tu mano izquierda de lo que hace la derecha".

Así, sin alardes exhibicionistas.

Nosotros necesitamos las dos manos, para que se enteren todos de nuestra actividad. Es el gesto teatral de nuestras buenas obras.

¿Va a haber lista? ¿Se va a publicar? Figurará en alguna parte, ¿no? Entonces sí colaboramos. Y hasta llegaríamos a abrir la cartera, con las dos manos.

Necesitamos las dos manos para emplearlas teatralmente en la grandilocuencia de nuestro gesto, porque buscamos el aplauso de los demás. Y para aplaudir hacen falta también las dos manos.

Hacer el bien a quien no pueda aplaudir.

Para que aplauda Dios.

Prefiero el aplauso de mi Cristo Manco que puede y sabe aplaudirme —¡qué divina música!— con una sola mano. Esta. La que tiene libre; porque la otra, la derecha, ¡sólo El sabe por dónde anda, ajetreadísima, a estas horas!

Estoy oyendo, amigos, que mi Cristo Roto dice:

—Sí, está bien todo lo que has comentado. Pero no es eso precisamente lo que yo quería enseñarte en esta mutilación de mi derecha. Quería, que al verme así, sacaras otra consecuencia.

—¿Cuál, Señor?

—Que estoy manco, que necesito un brazo, que echo de menos una mano.

—Ya te dije el primer día, cuando te compré en Sevilla, que te mandaría restaurar, que quedarías completo ... Y fuiste Tú quien te opusiste. No me dejaste.

—No seas tonto. No quiero una mano de madera. ¿Para qué me sirve? Necesito un brazo y una mano, vivos; de carne.

—¿De carne?

—Sí, tú, vosotros. Todos los católicos, todos los bautizados, podéis y debéis ser mi mano. Os necesito. Me hacen falta brazos. Y manos. Tú debes ser mi mano para tu hermano. Eres mi mano, cuando no empujas al que va a caer, sino que le afirmas para mantenerse en pie. Eres mi mano, cuando no hieres ni pegas, sino confortas y animas. Eres mi mano, cuando ayudas al ciego a pasar a la acera de enfrente. Eres mi mano, cuando se la ofreces a tu enemigo y le estrechas la suya. Eres mi mano, cuando recomiendas con todo interés; cuando consigues una colocación; cuando brindas posibilidades de trabajo; cuando enseñas un camino nuevo o abres una puerta cerrada a tantos fracasados de la vida. Eres mi mano, cuando das con sacrificio, cuando curas, cuando alivias, cuando descargas un poco de la cruz de los demás cargándola sobre tus hombros.

Todos, por bautizados, sois miembros de mi Cuerpo Místico. Hay miembros y miembros. ¿No te gustaría ser mi mano derecha?

No tienes, tal vez, ni título aristocrático, ni universitario. No ostentas

un alto cargo, honorífico o profesional, en la Sociedad.

Y aunque lo poseyeras, ¿no te gustaría llevar el más soberano título y desempeñar el más nobilísimo cargo, siendo en tu vida, entre los que te rodean, la Mano Derecha de Cristo?

Querías que me restaurara un tallista añadiéndome un pedazo de madera. ¿No quieres ser tú el restaurador, añadiendo tu misma mano a este hombre mutilado que no tiene brazo?

Todos debíais tener un Cristo Roto, para que no olvidarais que el Cristo Místico, la Iglesia, está incompleta. Y hay que añadirle todo lo que le falta.

Si besas un Cristo perfecto con sus dos brazos enteros, te quedas muy tranquilo y piensas: "Yo no tengo ya nada que hacer. Sobre tan bellas manos sólo faltaba un beso: ya está".

Si besaras un Cristo Manco, acabarías por oír el grito de su hombro despojado del brazo y de la mano: ¡Necesito un brazo! ¿Quién quiere echarme una mano? ¿Nadie quiere ser mi brazo derecho?

Y te pegarías tú mismo, como un ala viva, a mi hombro mutilado.

¡Anda, lo necesito, échame una mano!

—Pero en mi talla, Señor, sólo tienes una mano, la izquierda.

—Es verdad. Y, ¿qué?

—Se me ocurre una tontería: que si Tú fueras solamente hombre, podríamos decir de Ti que también tienes una buena mano izquierda. Pero en ese sentido en que se lo aplicamos a los hombres: "Fulano, ¡tiene una mano izquierda!" "¡No, no lo intente usted; para eso hace falta mucha mano izquierda, y usted no la tiene". Y Tú, Cristo, Tú tampoco tienes mano izquierda en este sentido humano de manejos subterráneos y tortuosos. No, en la vida hace falta manejar mucho la izquierda. Si no, se fracasa. Como Tú. Con una sola mano no se flota bien a la larga; hay que nadar con las dos. Y a Ti te faltó mano izquierda. Así te ha ido a Ti. Te Crucificaron. Y ahora te mutilan. Al que tiene buena mano izquierda no le crucifican nunca. Ahí está precisamente todo...

Yo sentí que mi Cristo sonreía silencioso.

—¡Qué poco y mal me conocéis! Claro que yo también tengo mano izquierda...

—¿Tú, Señor?

—¿Qué sería de vosotros, los hombres, si Yo no tuviera mano izquierda? La tengo. Pero no para evitar que me crucifiquen, sino para conseguir que mi Padre no os condene a vosotros eternamente. Yo no uso mi mano izquierda para salvarme a mí de la Cruz, sino para salvaros a vosotros del infierno. ¿Lo comprendes ahora?

—A medias sólo, Señor.

* * *

Todo el juego, toda la aventura divina y trágica de nuestra vida está en dejarnos coger por las manos de Dios. El trata de hacernos suyos. Pero hay en nosotros un elemento difícil, esquivo, peligroso: nuestra libertad. Y Dios la respeta misteriosamente, infinitamente. Podría apoderarse de nosotros violando nuestra libertad. No le interesa. Quiere amor. Por conquista, de su parte; por libre entrega, de la nuestra. Para conquistarnos dispone de dos manos: la derecha y la izquierda; que representan dos técnicas y dos tácticas opuestas.

La mano "derecha" es clara, abierta, transparente, luminosa. Da la cara. Entra directa. No se disfraza. Actúa de día. A pleno sol. Habla en tono normal. Es de todas las horas.

La mano "izquierda" busca atajos, o da rodeos; es cálculo y diplomacia; no tiene prisa; se pliega al guante y al disfraz, si es necesario. Actúa a distancia. Finge la voz. Se ampara en la sombra. O aguarda a la noche. Pasa a gritos como un ciclón. O en silencio como un puñal.

Pero, aunque "izquierda", ni es maquiavélica, ni traidora. Porque la mueve el amor.

Para cada alma Dios tiene dos manos; pero las emplea de modo distinto en cada caso; porque todas las almas son diferentes. Y la conquista de cada una es un juego personalísimo de Dios y de ella, que no vuelve jamás a repetirse el mismo; porque no puede repetirse

jamás, exacta, ni un alma ni su historia.

Hay almas que se dejan coger por la mano derecha.

En otras alternan, izquierda y derecha, las dos manos divinas.

Y hay almas en las que, fracasada la derecha, Dios tiene que emplear a fondo la mano izquierda.

Con la derecha, como a palomas blancas, o a ovejas dóciles, cogió Dios a Juan Evangelista, a Francisco de Asís, a Juan de la Cruz, a Francisco Javier, a las dos Teresas: la española y la francesa... No es que la mano derecha elimine la lucha. No, ni el dolor, ni la renunciación. Pero es cara a cara. A pleno sol.

Para conquistar a Pedro y a Pablo, a Magdalena, a Agustín o a Ignacio de Loyola, Dios tuvo que emplear la izquierda. Ante la mano derecha se encabritan, se rebelan, se plantan. Entonces entra en juego la izquierda. Pero en la sombra, sin dar la cara, buscando un disfraz. La mano de Dios —¡su amor!— inventa una ingeniosa y divina metamorfosis y se trueca en rayo, en bala de cañón, en dos ojos con lágrimas o en un gallo que canta en la noche.

El relámpago ciega a Pablo, a quien no lograron iluminar los ojos clarísimos y agonizantes de Esteban en su martirio; que quiso ser mano derecha de Dios. El relámpago lo ciega, sepultándolo en la noche, para que en estas tinieblas, estalle la luz nueva de Damasco.

La bala de un cañón francés le desjarreta la pierna, consiguiendo su rendición, a Ignacio de Loyola, que había resistido y rechazado, sin capitular jamás, todos los suaves ataques de la mano derecha de Dios.

El quiquiriquí de un gallo que acuchilla la noche tiene más elocuencia para Pedro que las palabras directas y transparentes del Maestro. Lo entiende ya todo. Y rompe a llorar.

Y la rebeldía intelectual de Agustín, que flotó siempre con la cabeza erguida sobre todas las procelosas y oceánicas tormentas de sus pensamientos, acaba por perecer ahogada en los dos mansos arroyos de lágrimas que ruedan por las mejillas de su madre Mónica.

* * *

¡La mano izquierda de Dios!

Aquí está, Cristo; es la que te dejaron; parece que no hace nada, perezosa e inmóvil; mientras la otra, la derecha, en un vértigo de actividades, anda en vuelo por las conciencias.

Y, sin embargo, ¿qué sería de nosotros sin tu mano izquierda?

¿Me equivoco, Señor, si afirmo que a aquel que te profanó y te mutiló en esta Imagen Rota de la Sierra de Aracena, lo salvó, en definitiva, tu mano izquierda?

Te arrancó de cuajo la derecha. Pero te dejó la izquierda, que fue su salvación.

¡Quién se lo iba a decir!

Con el abuso de tus bondades y de nuestra libertad, hacemos casi inútil la actividad, en nosotros, de tu suavísima mano derecha. La estamos rechazando continuamente.

Y tú vuelves, incansable, a tu conquista amorosa.

Tu mano derecha nos cerca, nos persigue, nos asedia cariñosamente.

Trata de ser freno que nos detenga; la separamos bruscamente dejando libre de tu estorbo nuestro descarriado camino: ¡Apártate!

Quiere alzarnos del barro en que caímos; se nos prende como un ala, hacia arriba, en los hombros; nos la arrancamos: ¡Hoy no quiero volar; mañana! Déjame.

Se nos mete en el pecho por ver si logra ablandar nuestro corazón de basalto; al sentirla lo endurecemos más: ¡Eso para los niños y las viejas, yo soy un hombre! Vete.

Se coloca sobre nuestro cuello, ensayando enlazar fraternalmente nuestra espalda abatida y fracasada; la esquivamos molestos: ¡No necesito ni compañía ni consuelo! Fuera.

Nos sigue en la noche pecadora; asiste al sórdido contrato, penetra en la casa equívoca, es un sollozo en nuestra prevaricación, nos va pisando los talones en nuestro camino asqueado de vuelta... hasta que nos volvemos furiosos y le gritamos: ¿Cuándo me vas a dejar en paz?

Yo ya no soy un niño. Soy un hombre libre. Hago lo que quiero.
¡Déjame ya de una vez!

Desvirtuamos el buen ejemplo: ¡Todo está calculado!

Nos reímos del libro aleccionador: ¡Para los ingenuos!

Esterilizamos un buen consejo: ¡Yo no se lo he pedido!

Nos reímos de un aviso providencial en otros: ¡Qué tontería; son cosas que tienen que suceder!

Y a manotazos bruscos y desalmados alejamos continuamente de nuestro alrededor esa mano derecha de Dios, que suave, callada, insinuante, dolorida y paternal, trataba aleteando de ser caricia, sonrisa, vuelo, esperanza, perfume, óleo y beso en nuestra vida.

* * *

Nos estorba la mano derecha de Dios.

Y además no la necesitamos para nada. Porque no echamos de menos a Dios.

Si están en nuestra mano los elementos de nuestra felicidad, ¿qué falta nos hace esa mano pesada, molesta y cargante de Dios?

Tenemos un buen puesto en la sociedad, ¿qué mejor trampolín para nuestros sueños?

Nos sobra el dinero, ¿qué falta hace Dios? No hay mejor Dios que la cartera repleta.

O podemos derrochar juventud y fuerzas físicas; que valen más que el dinero.

Por eso, al menos por ahora, ¡que me deje Dios en paz!

Y Dios retira entonces, muchas veces, su mano derecha. La hemos hecho prácticamente inútil para nosotros.

A veces, con su mano derecha, se retira también Dios. Y quedamos solos.

Soledad misteriosa y trágica. Pavoroso preludio de la soledad eterna.

Otras veces, muchas —¡qué suerte entonces!—, Dios no se da por vencido. Retira la derecha, pero desclava la izquierda. Deja a la derecha en reserva y en descanso. Ya volverá a usarla después. Y juega con la izquierda. Y qué irresistible Cristo cuando se decide a emplearla. ¡Nadie maneja la mano izquierda mejor que Dios!

Sus recursos son infinitos.

Ayer la disfrazó de gallo, de relámpago, de cañón primitivo.

Hoy la disimula con más modernos y actuales disfraces. Es el Ser más actual. Va en la vanguardia de todos los tiempos.

Se rompe una presa que arrasa mis fincas, mis granjas y mi fábrica. Y me quedo en la calle.

Tengo un descuido inexplicable en el trabajo y la máquina me siega un brazo. Ahora, ¿qué va a ser de mí?

Íbamos en coche a cien por hora, nos salió impensadamente un camión por la derecha, chocamos y murieron en el acto mi mujer y un hijo. Yo me salvé por milagro. Quedé destrozado en el cuerpo y en el alma. Cuando salga de la clínica, ¿qué haré?

Jamás he tenido una enfermedad; pero me dice el médico que tengo no sé qué de corazón. Ni alcohol, ni tabaco, ni trasnochar, ni... exceso alguno. Todo eso, ¿a mi edad?

Yo siempre tuve un enemigo envidioso del que triunfé siempre; pero ayer logró, con una zancadilla, echarme del puesto que tenía. Menos mal que pude escapar de no ir a la cárcel. ¿Dónde me escondo? Me da vergüenza salir a la calle.

¿Quiere usted creer que la única hija que tengo, terminada ya la carrera, una delicia de criatura, me sale ahora con que se va, monja de clausura, con las Carmelitas Descalzas?

Tengo veintidós años. Me rifaban las chicas del barrio. Estoy en cama desde hace dos meses y me acaba de decir un buen amigo que esto mío de la pierna es cáncer de hueso. Y, ¿me voy yo a morir a los veintidós años? ¡Yo no espero a que venga la muerte! ¡Que te lo has creído!

* * *

Ante la mano izquierda de Dios, que cuando actúa irrumpe casi siempre, inesperada e implacable en nuestra existencia, la primera reacción es un rito de protesta, de rebeldía y desesperación.

Olvidamos la presa, el coche, el traidor, el cáncer, la muerte, el accidente; porque adivinamos que ellos no tienen, en definitiva, la culpa; que son intermediarios de otra causa imperiosa, más alta e inasequible, que los mueve y aprovecha. Presentimos a Dios como responsable último de este dolor, que por ser tan terriblemente profundo, no puede venir de las criaturas; y lógicamente, nos encaramos con Dios, con el culpable.

Y le gritamos. Le preguntamos: ¿Por qué? ¿Por qué? Le exigimos. Le emplazamos. Le desafiamos. Le condenamos. Es injusto, cruel, despiadado, no tiene corazón ni entrañas de padre.

¿Padre? Si fuera padre, ¡no me trataría así!

Y nos revolvemos, acorralados e impotentes, destrozados y aniquilados, contra la terrible mano izquierda de Dios.

Gritamos. Protestamos. Nos rebelamos.

Luego nos quedamos solos.

Vienen las primeras lágrimas nerviosas y quemantes.

Y, sin darnos cuenta, la primera oración.

Volvemos a protestar. Contra Dios. Y contra nuestra primera oración.

Sucede el cansancio.

Otra vez solos.

Las lágrimas ya son más serenas.

Ya rezamos sin protestar.

Tenemos ganas de besar algo ... ¿Qué?

Sí. Eso. Ya lo encontramos: un crucifijo.

Y con un beso le decimos a Dios que está bien, que lo que El disponga.

* * *

Terrible. Violenta. Dura. Implacable.

Pero: ¡bendita mano izquierda de Dios!

Es el beso que más cuesta dar.

Pero el más sabroso de todos los besos.

Lo más difícil es dar el primero. Después... ya no se puede vivir sin besar la mano izquierda de Dios.

Y se formulan "absurdas" expresiones:

—"Bendita presa que se rompió. Arrasó mi fábrica. Pero, ¡me acercó a Dios!"

—Tengo veintidós años y un cáncer de hueso. Nunca he sido tan feliz como ahora.

—Aunque me devolvieran la salud, no querría. He aprendido muchas cosas insospechadas.

—¿Mi hija monja? ¿Qué sería de mí sin ella? ¿Quiere usted saber la verdad? Ofreció su vida en clausura por mi salvación. Yo andaba muy lejos de Dios.

* * *

Estoy pensando, Cristo mío Roto, que en la tarde del Primer Viernes Santo, cuando los hombres te clavaron en la Cruz y se alzó en la historia el primer Crucifijo Vivo, junto a Ti, a ambos lados, izquierda y derecha, se alzaron otros dos crucifijos vivos, de carne, también, los dos Ladrones.

Eran ladrones, pero Tú los querías y los habías perseguido toda su vida con tu mano derecha. Inútil. Se te escapaban siempre.

Entonces decidiste emplear tu izquierda, que disfrazaste en forma de cruz.

Y éste es el disfraz primitivo y verdadero de tu mano izquierda: la Cruz.

El accidente de trabajo, la presa rota, el choque de automóvil, el fracaso, el cáncer... —¡tu mano izquierda!— ¿no siguen siendo cruces

en las que nos crucifica el dolor?

A los dos Ladrones les hiciste el regalo supremo de tu Cruz: de tu mano izquierda. Y colocaste sus cruces a tu lado, haciendo; juego con tu Cruz, para que con sólo volver la cabeza aprendieran de Ti a besar la mano izquierda del Padre.

Uno —dicen que el de la derecha—, después de haber rechazado tantas veces en vida tu mano derecha, aceptó la cruz de tu izquierda y por la izquierda saltó al Reino de los Cielos: "Hoy estarás Conmigo en el Paraíso".

Pero el otro —dicen que el de la izquierda—, acostumbrado a rechazar siempre tu mano, no supo distinguir la última oportunidad y entrenado rabiosamente en rebeldía, rechazó también tu izquierda: "Si tú eres Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros".

Hizo fracasar tus dos manos, la izquierda y la derecha. Se retorció desesperado y blasfemante en la más espantosa de las agonías, tan cerca de tus manos, abiertas hasta descoyuntarse para salvarlo y que empezaban ya a enfriarse en la Cruz por la muerte y el fracaso.

Lo quisiste abrazar con tu izquierda y tu derecha.

Pero te quedaste para siempre con el abrazo frustrado entre tus manos burladas.

Y eso que lo colocaste al lado de tu Corazón: a tu izquierda.

La izquierda está más cerca de tu Corazón que la mano derecha.

Naturalmente: porque sólo usas la izquierda con aquellos que misteriosa y privilegiadamente ama tu Corazón.

Pero, claro, como todo es cuestión de amor, también, recíprocamente, para aceptar la cruz implacable de tu izquierda hay que tener corazón.

Porque también los hombres tenemos en nuestra mano el hacer fracasar la mano izquierda de Dios.

* * *

Cristo mío Roto:

Ahora sí que no te mando restaurar ya nunca.

Te quiero así junto a mí siempre: sin mano derecha. Sólo con tu izquierda.

Para mirarla mucho y hacerme a ella.

Para arrimarme mucho a su sombra y perderle el miedo.

Para besarla mucho, mucho... de modo que mis labios se entrenen en ese beso difícil.

Y sobre todo, Señor, para estar seguro, que si te fallara conmigo tu dulcísima mano derecha, emplearías, para salvarme, tu terrible mano izquierda.

Cristo mío Roto:

Te lo digo en nombre mío y de todos los amigos televidentes que te están viendo en la pantalla, manco de la derecha, ofreciéndonos tu izquierda.

Te lo digo en nombre de todos, porque todos somos valientes para pedírtelo desde ahora.

Señor, si no basta para salvarnos la ternura de tu derecha, desclava tu izquierda; disfrazala de lo que quieras: fracaso, calumnia, ruina, accidente, cáncer, muerte.

Cristo Roto:

que seamos hijos de tu mano.

De tu derecha,

¡o de tu izquierda!

Señor, estoy pensando que yo siempre tuve devoción a tu izquierda. Hace años, muchos años, yo te escribí estos versos íntimos. Permíteme que hoy los diga en voz alta:

"Dame una mano tuya, aunque sea la izquierda.

Lo mismo da, si es tuya.

Si yo cojo tu manó, no hay miedo que yo huya.

Si tú coges mi mano, no hay miedo que me pierda.

Dame una mano tuya, aunque sea tu izquierda."

* * *

Hasta mañana, amigos.

Una sugerencia, antes de marchar.

A la cabecera de tu cama, o en tu mesita de noche, tienes un Cristo clavado en la Cruz.

¿Por qué esta noche, antes de acostarte, no le besas la mano izquierda?
Y que sea, lo que sea. Atrévete.

Buenas noches, amigos.

SE HA PERDIDO UNA CRUZ

BUENAS NOCHES, AMIGOS:

Voy a aprovechar esta noche mi actuación en Televisión Española para lanzar un anuncio. Buena ocasión, puesto que cuento con varios millones de televidentes.

Un anuncio breve. Y no comercial. Por eso estoy seguro de que no lo va a cobrar Televisión Española.

Atención, señores:

"Se ha perdido una cruz". Y no se da con ella. ¿La habrá encontrado tal vez alguno de vosotros?

Mi Cristo Roto —ya lo veis—, en este apresurado y afanoso ir de acá para allá ha perdido su cruz.

Y no la localizamos.

El, lo sabrá; pero no contesta. ¡Es mudo además!

El anticuario de Sevilla que me lo vendió, tampoco ofrece ninguna pista. Lo encontró así ya, en un pajar de la Sierra de Aracena.

Ni rastro.

Y yo quisiera devolverle su cruz a mi Cristo Roto. Es lo menos que puede tener un Crucificado.

El me prohibió que lo restaurara.

Pero yo estoy seguro de que ponerlo en una cruz no es restaurarlo.

¿No os parece lo mismo a vosotros?

Me da pena verlo así.

No sólo por sus llagas y mutilaciones.

También por tenerlo sin cruz.

Porque aguantar en cruz, sin cruz debe ser doble tormento doloroso.

Devolverle su cruz para que descansa siquiera en ella un poco.

Si lo recuesto en un almohadón, como aquí ahora, sobre esta mesa, me siento violento; porque sé que tampoco a El le descansa. Su sitio es su cruz.

Pero, ¿dónde está?

Por eso, amigos, os pido ayuda.

"Se ha perdido una cruz".

Alguno de vosotros, ¿ha encontrado una cruz?

¿Queréis las señas? ¿El tamaño?

Pues, ya lo veis. No muy grande. Alta, como de unos noventa centímetros. Y sesenta de anchura. No es muy grande. Pero es una cruz. Y no hay cruz pequeña.

Además, ¡para un Cristo! Y entonces no hay modo de medirla.

Con estas señas basta. Porque todas las cruces, en definitiva, son iguales.

Perdonad, pues, mi insistencia:

Amigos, alguno de vosotros, ¿ha encontrado una cruz?

¿O sabéis de alguien, vecino, pariente, amigo, que la haya encontrado?

Puede haber sido en cualquier parte, en el lugar más inverosímil; porque mi Cristo se mete y anda con la cruz por todos los sitios.

En la calle, sobre la acera; en una silla del bar; en la barra de la cafetería; en la mesa del despacho; junto al torno del taller; en un banco del parque; en la jaula de la mina; sobre el mostrador; en el asiento de un autobús; en un descanso de la escalera; a la entrada del portal; junto al cubo de la basura; en el guardarropa del cabaret; en él metro; en la playa... en la oscuridad del cine... ¡Qué sé yo! ¡Hay tantos sitios!

¡Anda uno por tantas partes!

En alguna de ellas, alguien de vosotros, ¿no ha tropezado con una cruz?

* * *

Sí, sí; ya sé lo que estáis contestando todos.

¡Qué cosas pregunta usted, Padre!

¿Que si nos hemos encontrado una cruz?

¿Una? ¿Una sola?

¡Hemos encontrado tantas cruces! Y, ¡todos!

Es verdad. Tenéis toda la razón. Por eso ahora os pregunto al revés.

Quién de vosotros, amigos; quién de nosotros, ¿no ha encontrado una cruz?

Mejor dicho: ¿quién no tiene una cruz?

Todos. Sin excepción.

Es un derecho de propiedad irrenunciable que se está ejerciendo siempre.

Contra esa personalísima propiedad privada no puede ni el comunismo. Todo comunista tiene su propia cruz. Inalienable.

Imposible socializarla.

Y todos la llevamos encima. A cuestras.

Aunque no se nos vea. Aunque sonriamos y disimulemos.

A veces, por oculta, más pesada.

La mía no la veis tampoco. Me veis a mí, multiplicado en todas las pantallas receptoras; pero no veis mi cruz. No la recogen las cámaras; escapa a su poder.

Pero la tengo; aunque yo no extienda los brazos en forma de cruz. Aunque no salga, fuera, por detrás de mis hombros.

Yo me la sé.

Y vosotros, la vuestra.

* * *

Aquí, en este estudio de Televisión Española hay muchos hombres, hermanos nuestros, moviéndose a mi alrededor, trabajando mudos, en

absoluto silencio, para lograr una emisión perfecta.

Vosotros no los veis. Yo sí; aunque incómodamente; porque los focos, dirigidos hacia mí, me ciegan y deslumbran un poco.

Todos trabajan y se afanan en silencio. Es su profesión. Pero todos, todos, tienen y trabajan con ella, una cruz. Su cruz.

A mi derecha está Zarza manejando una cámara; y a mi izquierda actúa Carballo con la otra; alternándose los dos. Tienen los auriculares puestos para oír en silencio las órdenes del control... pero también tienen una cruz sobre los hombros. Se quitaron la chaqueta para trabajar más cómodamente, por el exceso de calor en el estudio ... pero no han podido despojarse de la cruz. Hay que trabajar con ella puesta.

Enfrente veo a Diego, que vigila alerta la "jirafa" del sonido... con su cruz.

Y a Romy, que se encarga de los focos: con su cruz también.

Y a Luis Lord, el regidor, que me hace con señas, las indicaciones; y que tiene una cruz... .

Y a los ayudantes, a todo el personal que interviene en este programa: todos con una cruz.

Estamos todos trabajando con nuestra cruz a cuestas.

(Pero esto, entonces, ¿qué es? ¿Un estudio de Televisión Española en Madrid? ¿O una escena fantástica de una eterna Pasión?)

* * *

Y con la vuestra también a cuestas, estáis contemplando vosotros este programa.

¿Que sólo existe y es real lo que se ve?

Conteste nuestra cruz. ¡Si por no verla pudiéramos negar su existencia!

Inútil. Yo tampoco os veo a vosotros, y menos vuestras cruces; pero no me equivoco: las tenéis muy cerca.

En donde estéis: en casa, en la del vecino, en el Bar.

¿Para qué vinisteis con la cruz a ver la televisión?

Nos persigue hasta la silla, la butaca, la cama.

Esta noche, al acostarnos, no podremos dejarla colgada de la percha: se apoyará en nuestra misma almohada. Tropezaremos con ella entre sueños. Y nos despertará, sobresaltados, de vez en cuando.

Y al levantarnos, mañana, no será necesario vestarnos la cruz; saltaremos de la cama con ella ya puesta.

No nos dejará en todo el día.

A la entrada de nuestro trabajo dejaremos aparcado el coche, la moto, la bici.

Ojalá pudiéramos todos los días también dejar, por unas horas, aparcada nuestra cruz. Imposible.

Aunque todos caminamos con una —o con varias—, para las cruces no hay problema de aparcamiento.

Ni ocupan sitio. Aunque ocupen y absorban una vida entera.

Ni necesitan guardarropa: se sientan con nosotros en el mismo asiento del Cine, del Teatro, del Cabaret, del avión, del parque, de la playa.

La cruz se instala en todas las casas y en todos los pisos. Lo mismo en el bajo que en la bohardilla. Y no le asustan, ni el quinto ni el octavo, porque la cruz no necesita ascensor.

Una chabola de latas y un chalet con piscina se diferencian en todo, menos en la cruz que los remata a ambos. Y a lo mejor —en contrapeso— es de más categoría la cruz del chalet. Lógico por otra parte, ¿no?

Tampoco se la inscribe en la hoja de recepción del Hotel: pero es un huésped que está en todas las habitaciones.

A veces, como los Hoteles, será una cruz de Lujo; otras veces de primera, o de tercera. Pero casi siempre supera, la calidad de nuestra cruz, a la categoría del Hotel.

Los que diseñan y fabrican los últimos modelos de automóviles, nunca la han tenido en cuenta. Ni tampoco la advierten los agentes de tráfico.

Y sin embargo, no hay excepción: —Seat, Mercedes, Fiat o Cadillac—, todos los coches ruedan sobrecargados: una cruz por cada asiento ocupado.

Y menos mal que en los aviones no nos pesan la cruz con nuestras maletas: nadie escaparía de pagar un insospechado y arruinante exceso de equipaje.

Es la carga máxima de nuestra existencia.

* * *

Que ¿quién ha encontrado una cruz?

Todos. Buenos y malos. Santos y criminales. Sanos y enfermos.

Ni siquiera respeta los partidos políticos, por opuestos que sean. El monárquico y el republicano coinciden en la cruz personal que los abruma.

No importa que no se crea en ella. Respecto a la cruz no existen herejes ni incrédulos.

También los que se dicen ateos, arrastran su cruz. La más ilógica e insoportable de todas.

Y los que parecen desafiar el dolor con las carcajadas y juergas de su vida.

Esa pobre prostituta, que a estas horas, repintada y aburrida espera sentada a la barra de la cafetería o arrimada a la esquina estratégica, lleva encima una pavorosa cruz auestas.

Pesa tanto, que se apoya, recostándose, en la esquina...

Una cruz más pesada de lo que sospechamos quienes la vemos al pasar tan insensible y alocada.

Y el que se acerca a ella, buscando el placer, lo hace por huir de otra cruz.

Con su respectiva cruz auestas hablan los dos, regatean los dos, prometen los dos, se arreglan al fin los dos.

Y allá van los dos, por la calle adelante, con prisa los dos y, ¡con la

cruz a cuestras los dos!

Y cuando regresan, cuando ya han tratado de aplacar su hambre de felicidad, sienten, defraudados, que ha aumentado la cruz, que pesa más que antes. Es mayor.

En ella, de asco y envilecimiento: se ha prostituido una vez más por puro dinero.

En él, de desilusión y desencanto; después de todo: ¡no merecía la pena!

Para volver a surgir mañana, otra vez, la cruz del deseo en él. Y en ella, dentro de un rato, otra vez el asco y el cansancio...

Y siempre con la cruz a cuestras.

Aunque ésta, más triste, por culpable.

Y porque no redime, que es el oficio de la cruz verdadera, sino que condena.

Y que no bendice: porque es la cruz maldita del diablo.

* * *

No trates de escamotear la cruz. Es inútil.

No se adquiere después. Se nace con ella dentro.

Venimos al mundo con la semilla de una cruz —o de muchas— hincada en nuestra carne.

En nuestra cuna se arrulla y duerme una cruz, que a veces desvela a los niños.

Tal vez has tenido estas noches que levantarte de tu butaca, interrumpiendo este programa de televisión, porque lloraba tu chiquitín en la cuna.

Es la cruz, chiquita ahora. De juguete también.

Pero como el niño, paralela a él irá creciendo día a día, a lo largo de su existencia. Siempre a la medida del hombre. Las cruces no se quedan pequeñas como los trajes viejos. Al contrario, casi siempre nos da la impresión de que superan nuestra medida.

Nos vienen grandes. Como si Dios se hubiera equivocado en el tamaño: esta cruz no es para mí. Supera mis fuerzas. Pero, ¡allá vamos tirando con ella!

Los hombres, que hemos logrado tantas mejoras y refinamientos, no hemos encontrado la fórmula para eliminar la cruz. Ella asoma siempre la cabeza victoriosa por encima del confort moderno que trata de sepultarla.

Lanzamos hombres a volar en los espacios; pero suben, dan vueltas y descienden a la tierra, con su inevitable cruz.

No hay intervención quirúrgica que logre extirparla de raíz.

Si quisiéramos arrancarla de nuestro hombro derecho, al poco tiempo, por una inevitable y misteriosa metástasis, volvería a salir en el izquierdo. Y es que está en la sangre. No hay solución.

* * *

Es la más fecunda y universal simiente.

En cualquier terrón de tierra de cualquier país, sin que nadie la plante, se aloja una semilla dolorosa.

En tu finca, en tu cortijo, en tu huerta, en tu bosque, ¡qué cosecha anual de cruces! Supera tal vez al trigo, a las aceitunas, al maíz, a la madera.

En la primera piedra de todos los edificios públicos o privados, aunque la coloque con música y flores el Obispo, el Gobernador o el Alcalde, va incrustada, vital y fecunda, una invisible cruz.

Surge paralela al edificio, se mete entre los andamios, se proyecta y se enreda entre la misma armadura metálica, se multiplica prolífica en todos los pisos, y acaba coronando el edificio, dueña y dominadora, por encima de las antenas de la televisión.

El remate de todas las torres es una cruz que se ve. El remate de todas nuestras casas también es una cruz, pero que no se ve.

Todo edificio nuevo que se levanta, es siempre, de un modo o de otro, una cruz para todos: desde el arquitecto que lo diseña, el aparejador y los obreros que lo construyen, hasta todos y cada uno de los que

habitan luego en sus pisos.

Todo edificio, aunque no sea perceptible, tiene forma de cruz.

Una noche tuve yo una pesadilla terrible, como en una película de Ingmar Bergman. Acababa de pasar unos días en Nueva York abrumado y ahogado por las masas verticales de sus rascacielos. Y esa noche soñé con una fantástica ciudad, como un Nueva York centuplicado, donde los rascacielos se abrían arriba en forma de cruz, y cuyas puertas e infinitas ventanas, iluminadas por dentro de noche, se partían en forma de cruz, para enseñarme, en cada uno de los pequeños huecos, un hombre crucificado. Qué angustiosa pesadilla la de aquella noche, atravesando en sueños las calles trágicamente silenciosas y vacías, bajo la mirada lacerante de infinitos hombres crucificados en las ventanas de los rascacielos crucíferos; ¡y arrastrando yo, único caminante, mi cruz, que rechinaba en el asfalto, por las interminables calles solitarias!

Y, ¿no es verdad?

Toda ciudad, en definitiva, es un bosque, una selva, una colmena de cruces.

* * *

Para huir de la cruz hay que dejar de ser. Se liberan de ella, definitivamente, los que tienen la dicha de conseguir una buena muerte.

Y eso es lo que se nos concede, durante unas horas, como en un breve ensayo y anticipo, cuando dormimos.

El sueño, en el que dejamos de ser en cierto modo, nos libera de la cruz, del dolor, de la angustia. Para volver a ser al despertar; y encontrarnos de nuevo con la cruz. Pero frescos y renovados para una jornada más del Vía Crucis.

Lo angustioso es cuando nos falla hasta el recurso renovador del sueño. Cuando no logramos conciliarlo. Cuando el reposo nocturno, que era en los planes de Dios una periódica liberación de la cruz, se convierte en una nueva cruz: el insomnio.

Cruz moderna de la humanidad: fruto involuntario o culpable de la

tensión absurda de nuestra vida.

Y para poder dormir, para olvidar durante unas horas la cruz, el hombre alarga la mano tensa y temblorosa a los hipnóticos.

La cifra es aterradora, aunque retrasada en su fecha. En el año 1940 se consumieron mil cuatrocientas toneladas de hipnóticos en todo el mundo.

En 1953, sólo en los Estados Unidos, se gastaron trescientas toneladas.

Para tratar de conseguir un sueño mentiroso y artificial.

Pobre humanidad: día y noche con su cruz.

* * *

Recuerdo con pena a un amigo que se volvió loco por la manía de no pisar la cruz al andar. Caminaba de puntillas, o a pequeños saltos, para evitar la profanación —a su entender— de pisar la cruz... Porque las losas, los azulejos, el parquet del pavimento, en un inevitable cruce de líneas, dibujaban continuamente innumerables cruces.

Perdió la razón y hubo que internarlo en un manicomio.

¡Qué trágica cruz por no pisar cruces!

Peligrosa manía. Porque, efectivamente, no se puede dar un paso por el mundo sin tropezar —sin pisar— una cruz.

Todas las cosas que nos proporcionan en la vida satisfacción, alegría o placer, por sano y elemental que sea, llevan, visible o escondido, su sello de fábrica: una crucecita.

Todo: la rosa y el pan; el billete de Banco y la joya: el jornal corriente y el reparto pingüe de beneficios.

Todo es hijo de nuestro dolor, de nuestra cruz. Todo lo adquirimos o lo compramos con el sudor, el trabajo, la ambición, la salud, la fatiga ...

El "Made in dolor" es el sello de fábrica, incrustado a fuego lento, que ostentan todas las cosas de nuestra vida.

* * *

Hasta el tiempo, cauce de nuestra existencia, se mide con cruces en las esferas de todos los relojes.

Sobre el reloj de tu muñeca, las dos manecillas que incansablemente se persiguen, van dibujando, al girar sobre un mismo eje, reales e ideales, cruces y cruces sobre tu tiempo.

Tu tiempo, en cruz. Crucificado también.

Mientras simultáneo y paralelo, tu brazo derecho, manecilla gigante de tu actividad, va marcando sobre ti al santiguarte, desde la frente al pecho, de niño a anciano, cruces y cruces, que ungen de bendición las obras y el tiempo de tu vida.

* * *

Hasta la hora de nuestra muerte.

Cada dolor de nuestra vida es un pequeño preludio y miniatura de aquella hora suprema en la que se nos aplica a cada uno, íntegra y cabal, la máxima medida de nuestra cruz.

Nos va venciendo la cruz en cada uno de nuestros dolores.

Pero nos derrota substancialmente en la hora de nuestra muerte.

El triunfo de la cruz.

Somos suyos: por eso preside, a nuestra cabecera, entre dos cirios, la exposición de nuestro cadáver.

Camino del cementerio lo único que llevamos entre las manos agarrotadas es una cruz pequeña.

Nos lo han quitado y arrancado todo. Nada es ya nuestro. De cuanto poseímos nos queda una sola cosa: la cruz entre las manos.

En el naufragio absoluto nos agarramos, obstinadamente, al único asidero flotante y seguro: la cruz.

Nuestro último gesto de posesión lo eterniza la muerte en nuestras manos que siguen apretando una cruz, frías ya e insensibles, más allá de nuestra vida.

Pero, a fin de cuentas, ¿no caminamos ya antes por la vida con una

cruz siempre entre las manos aunque tratando de engañarnos diciendo que son rosas?

¡Qué gran verdad, el gesto de las manos muertas apretando una cruz!

Y nuestros herederos, que sólo nos han dejado una cruz, se lanzarán ávidos sobre la herencia, y pensarán que llenan sus manos de rosas, cuando ellos también están recogiendo cruces.

Sobre nuestra tumba florecerá la última verdad de nuestra vida: una cruz.

Sepultarnos es hundir en la tierra nuestro cuerpo como se siembra una semilla.

Se partirá y pudrirá como un grano de trigo; pero lanzará al aire, atravesando pujante la tierra que lo aplasta, el tallo de una cruz.

Lo que llevábamos enterrado en nuestro ser da su fruto visible y póstumo en nuestra tumba.

Se siembra un cristiano: nacerá una cruz.

Marcó nuestra vida.

Señala nuestro sepulcro.

Santo y seña inevitable.

* * *

Y, sin embargo, luchamos contra la Cruz con todas nuestras fuerzas.

Y se la quisiéramos arrancar también a Cristo.

Niko Kazantzakis, el formidable novelista griego, le hace decir a uno de sus personajes en "Cristo de nuevo crucificado": "Si hoy Cristo volviera no traería una cruz, sino un bidón de gasolina para rociar a los explotadores y a los injustos y prenderles fuego."

No, ¡qué engaño! Esto es no conocer a Cristo.

Cristo y cruz son inseparables.

Sí, es verdad —El lo afirmó—, que viene a prender fuego a la tierra. Y quiere que arda toda en el fuego.

Pero Cristo no provoca el incendio con un bidón revolucionario de gasolina, que da llamas de odio.

Sino con la cruz, ungida en su sangre, que despierta incendios de amor.

Y es inmensamente más pesado un bidón, incendiario de gasolina que la cruz de Cristo.

Nuestro engaño es despojar a Cristo de su cruz, para ver si así nos libramos nosotros de la nuestra.

No caigamos en semejante aberración.

Respetemos la cruz que Cristo escogió voluntariamente.

La ama, con incomprensible amor, desde toda la eternidad.

Por eso, amigos, yo no ando buscando una cruz para mi "Cristo Roto" que se quedó sin ella.

Mi Cristo la pide, la reclama, la exige.

Ya no puede estar sin cruz.

Mientras nosotros no sabemos, ni queremos, ni podemos a veces, vivir con la nuestra.

Y es la peor táctica: rebelarse.

Luchar contra la cruz es inútil: se defiende terriblemente contra nuestros intentos de eliminarla.

Es pelear contra un gigante: nos puede.

Más: es luchar contra Dios, que está en ella; acabaremos doblemente crucificados.

No rompas tu cruz: los pedazos sueltos volverán vivos, a soldarse.

No la entierres: resucitará inmortal, millares de veces.

No la escondas: te encontrará siempre.

No la esquives: pesará el doble.

No sueñes en matarla: la defiende Dios.

* * *

Y, ¿sabes, amigo, en definitiva, por qué, a veces, nuestra cruz resulta intolerable?

¿Por qué es un enigma incomprensible y desconcertante?

¿Sabes por qué llega a convertirse en desesperación y suicidio?

Porque entonces nuestra cruz es una cruz sola, una cruz sin Cristo.

Y una cruz así, sola y vacía, es inaguantable.

La cruz solamente se puede tolerar cuando lleva un Cristo entre sus brazos.

Una cruz laica; sin sangre ni amor de Dios, es absurdo aguantarla. No tiene sentido.

Te lo concedo.

* * *

Por eso se me ocurre una idea:

Yo tengo un Cristo sin cruz. Míralo.

Y tú tienes tal vez una cruz sin Cristo. Esa, que tú sabes.

Los dos estáis incompletos.

Mi Cristo no descansa porque le falta su cruz.

Tú no resistes tu cruz, porque te falta Cristo.

Un Cristo sin cruz.

Una cruz sin Cristo.

Aquí está la solución.

¿Por qué no los juntamos? Y los completamos.

¿Por qué no le das esta noche tu cruz vacía a Cristo?

Saldremos todos ganando. Ya lo verás.

Tú tienes una cruz sola, vacía, helada, negra, pavorosa, sin sentido: una cruz sin Cristo.

Te comprendo: sufrir así es irracional.

No me explico cómo has podido tolerarla tanto tiempo.

Una cruz despojada de Cristo, es un castigo, un puro instrumento de tortura, el principio lógico de la desesperación.

Tienes el remedio en tus manos: no sufras más solo.

Anda, dame esa cruz tuya, vacía y sola.

Dámela. Acércala más.

Yo te doy en cambio este Cristo Roto, sin reposo y sin cruz.

Tómalo. Te lo acerco.

Lo estás viendo, es tuyo, multiplicado prodigiosamente en todas las pantallas de televisión.

Dale tu cruz.

Toma mi Cristo.

Júntalos. Clávalos. Abrázalos. Bésalos.

Y todo habrá cambiado.

Mi Cristo Roto descansa en tu cruz.

Tu cruz se ablanda y suaviza con mi Cristo en ella.

Sobre lo que era un garabato incomprensible de sufrimientos, está la Sangre, la Paciencia, la Sabiduría, la Paz, la Redención, el Amor.

Tu cruz, ya no es tu cruz solamente; es también y al mismo tiempo, la cruz de Cristo.

Anda, toma tu cruz, amigo; tu cruz con Cristo.

Ya no sufrirás solo.

La llevaréis entre los dos: que es repartir el peso.

Y acabarás, supremo hallazgo, puesto que en ella está Cristo, por abrazar y amar tu Cruz.

* * *

Hasta mañana, amigos.

Empecé dando un aviso: "Se ha perdido una cruz".

Lo retiro. Ya no hace falta.

Hemos encontrado una cruz: la nuestra.

Que resulta ser la de Cristo.

¡Porque Cristo andaba buscando precisamente nuestra cruz!

Buenas noches, amigos.

DE QUE PIE COJEA DIOS

BUENAS NOCHES, AMIGOS:

Ayer yo buscaba la cruz perdida de mi Cristo Roto.

Y me encontré con todas nuestras cruces, las vuestras y la mía, que se juntaban a mi Cristo despojado; realizando de este modo la única síntesis: Cruz con Cristo, que hace aguantable el dolor.

Pero hubo más anoche.

Cuando, ya terminado el programa, yo salía de este estudio de Televisión con mi Cristo Roto en los brazos, sonó un teléfono.

—Es para usted, Padre.

—Dígame.

—No es necesario mi nombre, Padre. ¿Me permite usted que le regale una cruz para su Cristo Roto? Será, eso sí, de madera buena y vieja, como la Imagen. ¿La acepta?

Sólo pude decir que sí, escuetamente; porque me cortó la misma voz:

—Gracias, Padre. Se la enviaré.

Y se cortó también la comunicación. Colgaron.

No pude ni agradecer la cruz que me ofrecían.

Al contrario: me daban las gracias por aceptarla yo.

Me gustó el estilo viril de aquella voz anónima; daba un regalo a Dios sin discursos ni explicaciones. Suenan siempre a ponderación que pregonan las excelencias del regalo.

Sólo añadió que la cruz sería de buena madera; que haría juego con el Cristo.

Profunda expresión: una cruz de "buena madera".

No sabemos cuál sería el árbol de la primera Cruz en el Calvario; pero sí sabemos que aquel árbol, por vulgar que fuera, al transformarse en la Cruz de Cristo, se convirtió, al mismo tiempo, en la mejor madera, la más noble, de todos los bosques.

Todas las Cruces de Cristo son de buena madera.

Mi amigo anónimo lo había ya adivinado.

Y es que él también debe ser, no hay duda, de muy "buena madera".

Que Dios lo bendiga.

A estas horas, en Madrid, aunque ignoro en qué calle y domicilio, se está labrando, en buena y vieja madera, una cruz para mi Cristo Roto.

Para Cristo que es —¿verdad, amigos?— ¡de la mejor madera que existe!

* * *

Pero esta noche, mientras lejos se talla una cruz vamos a detenernos en los pies del Señor.

Por ahí debíamos haber empezado, puesto que ante un Cristo Crucificado el abordaje normal e inconsciente de nuestros labios empieza por sus pies.

Allá se van, incoercibles, nuestros ojos y nuestros besos.

Aunque esta noche sólo podamos besarle a mi Cristo Roto su destrozado e incompleto pie izquierdo.

Porque —ya lo veis— le falta el derecho.

Le falta el pie y la pierna. Se la rebanaron literalmente más arriba de la rodilla, por mitad del muslo.

Conserva íntegra la izquierda; aunque muy mal pegada. Ni siquiera hicieron coincidir exactamente las dos partes unidas. Y asoma seca la cola sucia como una costra entre las junturas.

Tenían prisa, Cristo, cuando te la pegaron.

Parece una cura de urgencia, hecha en un Hospital de Sangre en un castigado frente de guerra, por las manos poco expertas de un improvisado enfermero que no puede dar abasto.

Pensaron, Cristo, que por entonces bastaba esa cura.

Que ya, quien luego te comprara, se preocuparía de unirte bien esa pobre pierna mal soldada.

Te la pegaron con cola solamente para presentarte al comprador y lograr venderte.

Quien te adquiriera, trataría de restaurarte.

Pero no te preocupes: ya te lo prometí solemnemente. Yo no te restauro. Vivirás así a mi lado.

Aunque cada vez que contemple esta pierna izquierda tuya, tan mal pegada, desfilarán delante de mí, angustiándome, tantos y tantos cuerpos dolientes de hermanos míos, mal cosidos, mal curados, mal intervenidos, mal soldados, mal escayolados...

No. No acuso, Señor.

Sería injusto.

Yo no conozco ni trato a un solo médico que sea capaz de hacer con un paciente lo que han hecho con tu pierna izquierda.

Peor conozco enfermos con miembros mal tratados. Como los tuyos.

Es verdad que son pobres y no pudieron pagar una clínica de más categoría.

Pero esto no lo justifica. Al contrario.

¿No pensaba, quien los intervenía, que estaba operando en tu misma carne dolorida?

El caso es que desde ahora, en esa cicatriz tuya mal cosida, que un peor curandero dejó en tu pierna, yo voy a escuchar la queja multiplicada de tantos hermanos tan mal tratados como Tú.

* * *

Era costumbre que a los crucificados, después de dejarlos aguantar unas horas el terrible tormento de la cruz, se les quebraran los huesos de las piernas para acelerarles de este modo la muerte y concederles la liberación definitiva del suplicio.

Así se hizo con los dos Ladrones que acompañaban al Señor en el Calvario.

Pero a Cristo se le evitó este caritativo tormento.

Ya no hacía falta acelerarle la muerte compasiva.

Murió antes que los dos Ladrones.

Y quedó con sus huesos enteros en sus piernas sin quebrar.

Pero los tormentos que le ahorraron a Cristo los verdugos del Calvario se los han ido aplicando después los hombres, a lo largo de los siglos.

La pasión es un proceso que no acaba nunca.

Y si no, aquí está mi Cristo Roto.

Ha quedado peor que los dos Ladrones.

A ellos solamente les rompieron los huesos; a mi Cristo Roto le rebanaron entero un muslo,

¿Por dónde andará rodando su pierna izquierda?

* * *

Cristo, a quien tocó la peor Pasión, murió el primero de los tres.

Pero antes, le gritaba arriba el Mal Ladrón desde su cruz, coreado abajo el desafío por soldados, verdugos y sacerdotes hebreos:

—Anda, si es verdad que eres Hijo de Dios, baja de la cruz y creeremos en Ti.

Mentira. No hubieran creído.

Siempre le exigimos a Dios una prueba distinta a la que nos da.

Con esta argucia creemos justificarnos.

Pedían un milagro: que bajara de la Cruz; sería Dios.

Y, ¿no era un mayor milagro el que no quisiera bajar de la Cruz y aguantara en ella? ¿No era mayor prueba su divina paciencia?

Así lo comprendió el Buen Ladrón:

—Señor, ¡acuérdate de mí cuando estés en tu Reino!

Lo que quería el Mal Ladrón no era un milagro como prueba de fe; sino un milagro provechoso y práctico que le librara del dolor y de la muerte:

—Pues que estamos los tres en el mismo suplicio, líbrate a Ti y a nosotros; bájanos a todos de la cruz y creeremos en Ti.

Condiciona su fe a su comodidad y placer.

Con una blasfemia pide un milagro que le evite el dolor.

En su ciega rabia insulta y desafía al Único que puede salvarle.

Fija condiciones para creer.

Como si el creer fuera un regalo o una propina que el hombre agradecido hace a Dios; y no un libérrimo y misterioso regalo que Dios hace al hombre.

No le interesa ni la fe, ni el milagro como tal. Ni Dios.

Y muere, incrédulo, junto al milagro más portentoso de la Historia: un Dios Crucificado que no quiere bajar de la cruz.

Aunque al quedarse en ella haya quien piense: no baja porque no puede.

Cuando precisamente nuestra Redención radicó en que Cristo superara el reto y aguantara en su Cruz, sin bajarse, muriendo clavado en ella.

* * *

A este Cristo Roto, amigos, nos lo bajaron brutalmente de su Cruz arrancándole de ella. Fue el tirón tan inhumano, que con la cruz perdida se fueron los clavos llevándose adheridos trozos sangrantes de pies y manos.

Y Cristo, forzado a bajar de la cruz llegó a nosotros por el "Jueves" de Sevilla, sin su pierna derecha.

Pasión inédita: estamos en presencia de un Cristo "Cojo".

Contemplándolo así, cojo, se me ocurre una suposición que voy a comentar con vosotros. Aunque os parezca al principio extravagante y absurda.

Tenedme paciencia.

Sé que poco a poco os irá pareciendo verosímil. Al fin, realísima.

Imaginad que así, como está, mi Cristo Roto baja de la Cruz. Con una sola pierna.

—Absurdo, Padre.

—Te lo previne. Calma. Atiende, amigo.

Ya está mi Cristo en tierra.

Sólo puede apoyarse en la izquierda, puesto que le falta la derecha. Acudimos, cariñosos, a darle una mano. A sujetarlo.

—Cristo necesitas, lo primero, una pierna postiza. No es problema; la ortopedia hace prodigios. Va a ser duro y largo el aprendizaje. Claro que Tú estás entrenado como nadie en el dolor. Pero como te falta desde medio muslo, por muy perfecta que te la hagan y muy bien que te la adapten, se te va a notar mucho al andar. Al principio lo harás con dos muletas; luego, con una sola. Al fin, tal vez, sin ninguna. Difícil. Pero tienes que resignarte: es preferible decírtelo de una vez: imposible disimular la cojera. Serás siempre un cojo, con muleta o con bastón.

Pero, al fin y al cabo, es problema que no nos preocupa. Nos lo resuelve la ortopedia.

Bien. Solucionado esto, después, ¿qué piensas hacer?

—Trabajar, naturalmente.

—¿Sin una pierna?

—Claro. Lo necesito. Trabajé en Nazaret. Soy Dios, pero me hice hombre, voluntariamente sujeto y comprometido a todas las exigencias de hombre, Podrían alimentarme los ángeles. Pero no entra en mis planes redentores. Tengo que cuidar de mi Madre y de Mí con el sudor de mis manos. Tengo que trabajar.

—Bueno. Pero, ¿dónde? ¿En qué?

—No sé. Para eso estás tú. Necesito tu ayuda.

Vamos a buscar trabajo. A conseguir una colocación.

—¿Una colocación? ¡Qué problema, Cristo! ¡Vaya papeleta! Perdona la expresión: es la costumbre.

—¿No podrás encontrar una colocación para Mí?

—Espera; claro que sí. No hay dificultad. Es que al oírte lo de la colocación, no me acordé que era para Ti, para Cristo. Nada: todo solucionado. Como que no sé a qué Empresa nos vamos a dirigir; porque si se enteran te van a rifar. En cuanto yo pida un puesto de trabajo para Cristo, en persona, si no lo tienen, lo inventan. Que, además, será un puesto y un trabajo puramente formulario: será una disculpa para pasarte, a Ti, Cristo, una espléndida pensión; te pondrán casa con calefacción y coche. Te darán el mejor chalet de la Empresa. ¿No ves que son cristianos y te quieren? ¿Tú imaginas lo que supone para ellos la oportunidad de hacerle un servicio al mismísimo Cristo en persona? Vamos. No hay problema, Señor.

Y eché a andar.

—No. Espera —dijo mi Cristo Roto, deteniéndome— Como tantas veces, no me has comprendido ahora tampoco. Vamos a dejar bien claras las cosas. Lo primero, que yo no quiero el regalo de una pensión sin trabajar. No. Busco un empleo. Quiero vivir de mi trabajo. Y, lo segundo: que no se te ocurra presentarme a nadie como Cristo, como Dios. Para eso no te necesito. Me presentaría Yo solo.

—Entonces, Señor, ¿quién digo que eres?

—Un hombre cualquiera, un amigo tuyo necesitado que busca una colocación. ¿No te dará vergüenza, verdad, tener un amigo pobre, sin trabajo?

—No, Señor. Ya sabes Tú que no... Pero necesitaremos un nombre para rellenar los impresos, las instancias. ¿Cómo, vas a llamarte?

—Como tú quieras. Búscame un nombre y un apellido. Cualquiera. Los más corrientes y vulgares: García, López, González, Fernández ... Y no temas, al llamarme con esos nombres, decir una mentira. Soy Dios Redentor y llevo en mí todos los nombres de todos mis hijos y redimidos, los hombres. Anda; decídetete. ¿A dónde vamos?

—No lo sé, Cristo...

—Antes ya estabas en camino. Tuve que detenerte.

—¡Sí, claro! Antes iba a colocar a Cristo, a Dios. Ahora voy a colocar

a García, a López, a Fernández...

—¡Que es igual! —exclamó Cristo, enérgico.

—Igual, para Ti. Para tu amor. Ya verás qué distinto es para los hombres; para su egoísmo.

—Pero si cuando tú digas "García o López o Fernández", ellos van a traducir "Cristo".

—No, Señor. Así traducen, por lo visto, allá arriba, en el cielo. Aquí no conocemos esa equivalencia. Aquí, en la tierra, un García o un López, sin pierna derecha, que busca una colocación, se traduce por: "problema casi insoluble". Aquí, en la tierra, traducimos muy mal, Señor. No ¡entendemos el idioma del Cielo y del amor. Traducimos solamente como y lo que nos conviene.

—Está bien. Aunque todos no sepan —o no quieran— traducir como se debe un "Pérez" o un "García", alguno habrá que lo traduzca bien, —insistió Cristo.

—No dudo que los haya, Señor. Pero, en la práctica, es difícilísimo encontrarlos. Y si no, ya lo verás Tú mismo.

—Veo que tienes un concepto muy pobre de los hombres. Eres injusto con ellos. ¿Me vas a negar que al verme sin la pierna derecha, a los treinta y tres años, no se van muchos —o todos— a compadecer de Mí?

—Sí, Señor. No te lo niego: se compadecerán y se lamentarán todos. De acuerdo. Pero, de compadecerse, a darte una colocación, hay un abismo.

—No lo entiendo. ¿No es sincera entonces su compasión?

—Sí, lo es. Yo no voy a negar la sensibilidad humana de su corazón cristiano. Pero mira, Señor; es que no depende de ellos, personalmente, el poder colocar a un hombre en un empleo. Así me lo han explicado miles de veces. Y de oírlo ya me lo he aprendido de memoria.

—Pues, ¿de quién depende entonces? —preguntó Cristo.

—De la Empresa.

—Y, ¿quién es la Empresa?

—La Empresa, Señor, es un modernísimo invento de los hombres para defenderse y abroquelarse. Es como un biombo, o un parapeto, o una trinchera. Es la gran disculpa que te dan siempre: "Mire usted, si dependiese de mí, ahora mismo le daba un empleo; pero usted comprenda que yo aquí no soy nadie; que yo soy también un funcionario más, que esto depende de la Empresa... Ella lo tiene que decidir". Y después de explicarte esto se quedan todos muy tranquilos, porque han liberado la responsabilidad de su conciencia, y han volcado toda la culpabilidad sobre la Empresa.

—Pues vamos a la Empresa —insistió Cristo.

—Imposible, Señor; la Empresa existe, pero no se la ve. Funciona y ordena, pero es inaccesible. Decide y sanciona, pero no tiene corazón. La Empresa, Señor, son ellos mismos, con otro nombre. La Empresa es una cómoda disculpa para eliminar compromisos y responsabilidades personales. La Empresa son todos y no es nadie. Es como aquello de nuestro Teatro Clásico: "¿Quién mató al Corregidor?" —Fuenteovejuna, señor. Y ¿quién es Fuenteovejuna? ¡Todos a una!" —Lo mismo en esto de la Empresa: Todos a una. Todos, ¡y nadie! Porque, al fin, nadie tiene la culpa. Es: ¡La Empresa! Perdóname qué me meta en lo que no me toca; pero no sé cómo te las vas a arreglar para exigir responsabilidades a las Empresas el día del Juicio: porque luego nadie sabe nada de nada... Todo se diluye y se esfuma misteriosamente.

* * *

Amigos televidentes: permitidme un paréntesis necesario.

Vuelvo a suplicar calma y paciencia hasta el fin.

Yo no trato, ni mucho menos, de abordar, y menos criticar en toda su complicada trama, el problema laboral de las colocaciones y los puestos de trabajo. No.

Mi campo queda muy concretamente acotado:

Sólo trato de colocar a un hombre de treinta y tres años, un mutilado, a quien le falta, entera, la pierna derecha. Cojea descaradamente al

andar y no puede, por tanto, desarrollar una eficiente actividad física. Tampoco tiene cultura o práctica para un despacho o una oficina.

Este es el caso concreto.

No lo olvidemos, por favor.

Y vamos adelante.

* * *

—¡Adelante de todos modos! —me urgió Cristo—. Vamos a buscar trabajo. ¿No quieres ayudarme?

—Con toda mi alma, Señor. Vamos.

Y echamos a andar decididos.

Pero yo tuve que frenar el paso. Mi Cristo Roto no podía seguirme y se Había rezagado en el camino.

Acomodé el mío al suyo, lento y desigual.

Cristo, a mi lado, caminaba como a empujones, inclinando todo su cuerpo hacia la izquierda y estribando en su muleta.

Avanzábamos por la calle dificultosamente, entre el ir y venir de los transeúntes, cercados por la prisa de los hombres, que unas veces nos empujaban y otras obligaban a Cristo a detenerse. Vez hubo que lo perdí de vista entre el gentío. Pero no era difícil localizarlo. Con esperararlo bastaba. Se había quedado atrás.

Creí al principio que íbamos a llamar la atención de la gente. Que todos se iban a volver para mirar a Cristo.

Hasta que me persuadí que nadie lo conocía: era un cojo más en la calle. Un hombre que había tenido la mala suerte de perder, Dios sabe cómo, una pierna. Y pasaban, de prisa, a su lado, rozándose con El, sin mirarlo, acostumbrados a rozarse en la calle con tantas y tantas miserias y dolores. ¡Era uno más!

Aquello me parecía una versión moderna, y eterna, del Vía Crucis. De la calle de la Amargura. Y el ruido seco y descompasado de la muleta de Cristo en la acera me sonaba al arrastrar de una cruz.

Pero la gente con quien nos tropezábamos no pensaba así. Imaginaban, al verlo, que era una víctima escapada con suerte de un accidente. O un mutilado, tal vez, que dejó una pierna en la guerra...

Y es verdad también, Señor. Qué trágico accidente el del Calvario. Víctima superviviente por tu Resurrección. Regresas, Mutilado, de la más encarnizada guerra: la que emprendiste a muerte, contra el mal, para librarnos del pecado. La Guerra en que por nosotros quisiste perderlo todo, para conquistarlo todo, también, para nosotros. La Guerra, con la que Tú, ilusionado, habías tratado de abolir para siempre todos los odios y todas las guerras. Inútil. Los hombres nos hemos empeñado en continuar la guerra y seguimos matándonos. Tú quisiste ser el primero y el último de los muertos. Pero no lo lograste. No hemos querido. Y al verte avanzar, cojeando, por la calle, abriéndote paso entre la gente, me imaginaba el desfile gigantesco de centenares de miles de mutilados en las locas guerras de esta loca humanidad.

Me interrumpiste, Cristo Roto, cojeando a mi lado, en mis pobres meditaciones.

—¿Queda muy lejos el sitio a donde vamos?

—Te confieso, Señor, que no acabo de decidirme por ninguno. Me da miedo. Ahí enfrente, en ese "Gran Negocio", yo tengo un amigo. Pero no me fío; te soy franco ...

—Vamos —me alentó Cristo—. Y no olvides: soy un hombre; me llamo "García", "Fernández", "Pérez". Como quieras.

Entramos.

No tardamos en salir.

Del "Gran Negocio", fracasados, nos dirigimos a un Banco.

Del Banco, nos llegamos a unos Laboratorios.

De los Laboratorios, a una Fábrica.

Después a unos Almacenes.

Luego a unas Oficinas Comerciales.

A una Firma Exportadora Internacional.

A un Hotel.

A un Cine.

... ..

Y ahora, Cristo mío Roto, ¿a dónde vamos?

* * *

En todas partes, poco más o menos, la escena había sido la misma.

Yo daba mi tarjeta.

Nos recibían pronto, sin largas esperas.

Un primer saludo afectuoso.

Si eran amigos o conocidos se alegraban muchísimo de mi visita: "Se vende usted muy caro, Padre; qué difícil es verlo."

Pero la cordialidad se iba apagando cuando yo desviaba la atención hacia mi acompañante: "El señor García, un viejo y querido amigo mío, para el que solicito con el máximo interés, como si fuera para mí mismo, un empleo, un trabajo."

Ya, para entonces, las caras habían cambiado, estaban serias.

¡Qué pena tener que estropear la cordialidad de una visita amistosa con el tema de una colocación!

Yo caía en la cuenta. Pero ¡a eso habíamos ido!

Y en todas partes, poco más o menos, como si se hubieran puesto todos de acuerdo, las mismas frases, formuladas en el mismo tono. Como quien se las sabe de memoria, y está entrenadísimo en repetirlas.

—Qué mala suerte, Padre. Con el deseo que tenemos en esta Casa de complacerle. Y más, tratándose del "señor García", por el que usted tanto se interesa. Pero, ¿por qué viene siempre usted cuando tenemos la plantilla completa? Mire que es fatalidad.

Una pausa. Una mirada al "señor García". Tradúzcase: a Cristo. Y una

pregunta dirigida a mí:

—Su amigo, ¿es cojo, verdad?

—Sí, perdió la pierna derecha en una acción gloriosa, en un hecho heroico por salvar la vida a sus amigos.

No me dejaban continuar nunca. Me cortaban siempre. Como si ya supieran también de memoria, mil veces repetida, la historia gloriosa y heroica de aquel caso.

—Interesante, Padre. Por eso nos duele más no poder complacerle.

Pausa embarazosa.

Nueva aclaración:

—Me. dijo antes, Padre, que su amigo para trabajo de oficina o despacho no estaba preparado, ¿verdad?

—Exacto.

—Lástima; porque tal vez, en ese caso, hubiera podido hallarse más fácil solución. No es que se lo asegure, claro.

Nuestro interlocutor iniciaba un gesto para ponerse de pie. Comprendíamos: era la despedida discreta. Molestábamos ya. Y nos levantábamos los primeros. Yo ayudaba a Cristo a ponerse de pie.

Continuaba la voz repitiendo, fría y anónima, el formulario de la Casa.

—De todos modos, Padre, tomamos nota, con todo interés, de su recomendado. ¿Se llama su amigo?

—El señor García.

—Ah, sí. Lo había olvidado. Perdone.

Iba a apuntarlo. Yo lo evitaba siempre.

—Déjelo. No hace falta. Con avisarme a mí está todo arreglado. Así no se complican ustedes con más direcciones. Yo estoy siempre en contacto con mi amigo, el señor García.

Nos acompañaban hasta la puerta del despacho.

En algún sitio, al despedirnos, discretamente, me metieron un billete

entre las manos:

—Esto es cosa completamente personal, Padre. Una pequeña ayuda, al menos.

—Que Dios se lo pague —decía yo distraído, por la fuerza de la costumbre.

Cristo me miraba con una triste sonrisa.

—Que no sea la última visita.

—Pero con mejor suerte, Padre.

—Lo sentimos muy de veras.

—Lo tendremos muy en cuenta.

—Mande cuanto guste.

Y una vez más, Cristo y yo, nos encontramos en la calle.

* * *

—Estoy pensando, Cristo, que un caso como el tuyo pone en compromiso a cualquier Empresa de categoría. A más fuerte y lujosa Empresa, más enojoso y difícil compromiso.

¿Qué hacer con un cojo tan escandaloso en su cojera como Tú?

Puesto que no pueden confiarte un trabajo físico, que Tú tampoco podrías desarrollar, tendrán que ponerte uniformado con la elegante librea de la Casa, en la Portería, en la Recepción, en el Hall, junto al ascensor...

Pero, ¿cojo?

¿Qué dirán los clientes, los visitantes? Tu cojera merma prestigio, que es precisamente lo que debe aumentar un digno portero uniformado. Tu cojera desentona desagradablemente entre el lujo de los mármoles, las alfombras, las lámparas y los espejos.

Mala propaganda para la Casa y el Negocio.

No puede evitarse una primera malísima impresión en los que llegan.

Como si el negocio no diera para más y se viera forzado a recoger

gente medio inútil a la que, naturalmente, se paga menos.

Es darle a la Empresa un aire de Hospital o de Asilo de inválidos.

Es carecer en absoluto de la Visión Moderna de las Exigencias Actuales impuestas por el Desarrollo Social del Negocio.

Todo debe colaborar al prestigio, al buen nombre, a la impecable presentación.

Un empleado cojo, sin una pierna y con bastón o muleta, decididamente, es anti-económico, anti-social, anti-propagandístico, anti-funcional.

Se podría pensar en ayudarle con un donativo.

Ante tal empleado, cojo, fácilmente surge, en los que no ven, la idea de que también el Negocio, la Empresa o el Banco, cojean como él.

Todo cliente que franquee el Hall de cualquier Empresa debe sentirse automáticamente a gusto y a poder ser optimista y eufórico.

El buen humor, no hay que olvidarlo, es el clima propicio para las buenas operaciones mercantiles.

Si el primer encuentro es topar con un desagradable Portero o Empleado cojo, la reacción de incómoda extrañeza, de lógico disgusto y hasta de depresión sicológica es inevitable.

Hasta habrá personas que, por susceptibilidades supersticiosas ó fatalistas, ante la presencia de un Cojo en la Casa, decidan no volver más a pisarla.

Y esto hay que evitarlo por encima de todo.

Lo primero, el prestigio: base de la Empresa.

La gente es muy ingenua y elemental en sus concepciones.

Todo lo quiere solucionar con una sola y simple palabra: Caridad Cristiana.

Y es que se vive al margen de toda esta complicadísima trama de exigencias sociales.

A la Caridad hay que saber conjugarla con el Prestigio

Propagandístico de un Negocio.

* * *

¿Ves, Cristo, cómo tu caso pone en aprieto y compromiso a cualquier Empresa que se precie de tal?

Callas mucho, Señor.

¿Qué te parece de toda esa teoría sobre la Propaganda y el Prestigio del Mundo Económico?

Estás distraído, Cristo. ¿Oíste mi pregunta?

¿O es que no me quieres contestar?

¿Rumias en tu obstinado silencio el dolor que te ha producido nuestra fracasada visita a tantos Negocios, Bancos, Fábricas y Empresas?

Te duele el desprecio, ¿verdad?

Ya te lo previne; pero es que no te conocían. Si me hubieras dejado, como yo proyectaba, presentarte con tu nombre y tu personalidad:

—Señores, tengo el gusto de presentarles a Jesucristo. Entonces...

—¡Cállate! —me cortó una queja dolorosa y amarga—. ¡Cállate! Eso, eso es precisamente lo que me duele. La experiencia de haber comprobado cómo es posible que afirmen amar a Cristo y desprecien al mismo tiempo y con el mismo corazón al señor García, Pérez o Fernández.

Eso es lo triste: que para Cristo, aun cojo, hubiera habido trabajo; y que no lo haya para "García" o "Gutiérrez".

Cuando somos el mismo.

Porque ellos me representan. Son mi doble exacto.

¿Qué hacéis, entonces, con toda esa legión innumerable de seres inútiles e inválidos que no están para un Hospital o un Asilo?

Por inválidos e inútiles, ¿los arrinconáis y relegáis a un último e invisible plano social?

¿En dónde los escondéis para que no os molesten, ni ofenda el espectáculo incómodo de su sufrimiento?

¿Qué destierro ha inventado para ellos la sociedad elegante y refinada que se proclama cristiana?

Sobre una dolorosa invalidez física añadís vosotros, cristianos, otra más dolorosa invalidez moral: ser excluido de vuestros salones y de vuestro contacto.

Pero, ¿es que así se ha desvirtuado ya mi Evangelio?

¿Ya el mundo no tiene ojos para descubrir en un inválido o un mutilado —¡en todo sufrimiento!— un nuevo Valor que supera y vence todas vuestras mezquinas cotizaciones de Bolsa?

El dolor proscrito en nombre de la Propaganda Comercial.

¡Qué ceguera! ¡Qué inversión de valores!

Cuando lo que da más prestigio, realce y ornato, ante los ojos de Dios, es el dolor y el sufrimiento.

Pero os falta Fe.

Organizáis la Propaganda que conquiste a los hombres.

Y olvidáis la Propaganda que conquiste el corazón de Dios.

Mi Cristo, cansado, hizo una pausa.

—Te voy a confiar una cosa —siguió diciéndome con tono suave, de íntima confidencia—. Te lo voy a decir, aunque, si te la oyeran luego a ti, tal vez sonreirían suficientes y despectivas, muchas, muchas Empresas.

Escucha:

¿No sería el mayor prestigio y la más segura bendición para un Negocio contar en su plantilla con un mutilado, con un inválido?

Que fue admitido, precisamente, por serlo.

A conciencia; sabiendo que adquieren y se apropian un auténtico valor.

Pero sin esconderlo ni relegarlo a un último término oscuro y discreto. Sino colocándolo en el puesto que le corresponda por su empleo, en contacto abierto con toda la organización interior y exterior de la Empresa.

Sin exhibirlo. Pero sin despreciarlo.

En su puesto justo.

Mira: Aunque ellos no lo sepan o lo olviden yo estoy al corriente de todas las plantillas de todas las Empresas.

Me las sé de memoria.

Las conozco mejor que el Jefe de Personal.

Las repaso en mi corazón, todas las mañanas, cuando los empleados al llegar, van registrando su entrada en el control.

Yo llevo otro control distinto: el de mi Amor.

¿Tú sospechas lo que supondría para la Empresa, el que Yo, todas las mañanas, al verificar la lista de su personal, me encontrara en primera fila, con un "García", un "Pérez", un "Fernández", mutilados o inútiles admitidos precisamente por serlo?

¿Adivinas las cataratas de bendiciones para esa Organización?

Eso es lo que me gana y me conquista.

Porque para mí, Cristo, un mutilado o un inválido en la plantilla de una Empresa, está el primero en la lista. El primero en mi Amor.

Por encima del Ingeniero o el Director.

Porque ese desdichado "señor García" sin pierna, ¡soy Yo!

Soy Yo, en una especializada y privilegiada presencia que concedo al dolor.

Y esto es indiscutible.

Aunque no acabéis nunca de creerlo.

Aunque os rebeléis contra ello.

¿Qué dices a esto?

¿Callas tú ahora, verdad?

Sí. Yo callaba. Estaba seguro de que si un día yo me aventuraba a repetir en voz alta esta lección, se reirían de mí las Empresas y las organizaciones Laborales. Y me dirían:

—Padre: usted dispense. Una cosa es sociología, y otra, literatura romántica y barata. No desorbite usted las cosas, por favor.

—¿Has oído, Cristo Roto?

* * *

Encontrar un buen puesto de trabajo es difícil.

En cambio, qué contraste, encontrar a Dios es fácil.

Conseguir una colocación espléndidamente retribuida es suerte reservada a muy pocos.

Conquistar el corazón de Dios, supremo e incalculable tesoro, está en la mano de todos.

Y con ser Dios la máxima adquisición, no necesitamos para alcanzarlo, el montón enojoso de cartas, recomendaciones, influencias, solicitudes, pólizas, visitas y regalos, que son prelude inevitable para tratar de conseguir esa colocación con que soñamos y que casi siempre, a pesar de tantos y tan calculados trámites, se escapa de nuestras manos.

Para llegar a Dios hay un camino elemental y fácil.

A disposición y en poder de todos.

De eficacia infalible.

Los pies rotos de un Cristo clavado en la cruz.

Aquí está el punto flaco de Dios.

Dios cojea, ¡de sus dos pies clavados!

El prodigioso pueblo griego, que en invención de su Mitología

pugnaba por acercarse a Dios, presintiéndolo y adivinándolo en bocetos equivocados e informes, pero luminosos siempre, nos dejó en Aquiles un lejano vislumbre y anticipo.

Con su doble y opuesto origen: inmortal por parte de su madre, Tetis, diosa del mar; y sujeto a la muerte por su padre, Peleo, aunque príncipe, siempre mortal; el héroe de Troya, se erguía invencible entre sus enemigos.

Ningún arma podía causarle daño, porque su madre inmortal consiguió hacerlo invulnerable.

Tan sólo existía un punto en su cuerpo —pero esto era secreto de los dioses— susceptible de herida mortal. Y estaba precisamente en su pie, en su talón: el talón de Aquiles.

La flecha mortal del dios Apolo, que conocía el punto flaco de Aquiles, le buscó el pie, se clavó en su talón y lo venció dándole muerte.

El punto flaco de Dios está en sus pies.

Infinito e invencible, tiene una brecha vulnerable para el ataque.

Las flechas de los clavos nos enseñan el camino.

Que sigan nuestros labios la dirección de los clavos; que se hagan flechas de besos sobre los pies de un Cristo Crucificado. Y beso á beso venceremos a Dios.

Lo conquistaremos.

El beso de nuestros labios sobre sus pies repercute instantánea y eficazmente en su Corazón.

Si alguien lo duda que repase el Evangelio.

Una mujer de vida pública —con la terrible cruz de su prostitución a cuestas— conquistó a Cristo por el camino fácil de sus pies.

Supo dar con el flaco de Dios.

Con su punto vulnerable.

Cristo asistía a un Banquete invitado por un Fariseo. La mujer

pecadora se acercó por detrás, aprovechó la postura propicia en que estaba sentado el Maestro, cayó de rodillas en el suelo y sus dos manos, certeras, se apoderaron de los pies de Cristo.

Presos ya entre sus manos, se lanzaron luego sobre los pies las flechas de sus besos.

María Magdalena los besaba y besaba amorosa y penitencialmente.

Entre los besos, sobre los pies de Cristo, cayó un segundo ataque: las lágrimas de María, dardos líquidos e incandescentes de arrepentimiento.

Por si fuera poco, entre los besos y las lágrimas, sobrevino un tercer ataque: el chorro perfumado de una libra entera de esencia purísima de nardo; ofrenda femenina de una mujer que lo entrega a Dios todo.

Y para asegurar la conquista preparada por el triple amoroso ataque llega el cerco y el asedio definitivo: la cabellera de María Magdalena envuelve en su red —imposible la fuga— aquellos dos pies de Cristo atacados por sus besos, sus lágrimas, sus caricias y la esencia de nardo ...

Dios no tuvo más remedio que rendirse ante el ataque.

Habían dado con su punto flaco.

María Magdalena adivinó que Dios cojeaba de sus dos pies. Y acertó.

—"A esta mujer se le ha perdonado mucho porque ha amado mucho".

Esta mujer ha enseñado a los hombres el atajo sin trabajo para llegar a Dios.

Un beso sobre los pies de Cristo.

* * *

Aprende, amigo, el ataque.

Conquista a Dios por el flaco de sus pies.

¿Hace mucho que no besan tus labios un Cristo Crucificado?

En tu casa hay un Cristo en cruz.

Es el jefe y cabeza de tu hogar.

Te lo regalaron en el día de tu boda y lo clavaste en tu alcoba, sobre tu cama, para que presidiera desde la cruz todas las vicisitudes de la familia.

Tal vez, desde entonces, no le has vuelto a dar un beso.

Y es que lo has puesto muy alto.

No llegas, desde el suelo, a besarlo.

Tendrías que encaramarte sobre una silla.

Allá arriba, a donde no llegan tus labios, no alcanza tampoco fácilmente el plumero; y tu Cristo en Cruz es probable que tenga polvo, y hasta quizá alguna telaraña.

Es fácil que se haya convertido en uno de tantos elementos decorativos de un hogar cristiano.

¿Cuánto tiempo hace que con sus brazos abiertos y sus pies clavados espera un beso de tus labios?

En aquel Banquete en que María Magdalena venció por el amor, Cristo se quejó en voz alta del Fariseo que lo había invitado a comer, pero que no le había besado al llegar. Mientras contaba la catarata de besos que hacía estallar María sobre sus pies, echaba de menos el beso que no quiso darle el Fariseo ...

Lo has convidado, amigo, a convivir en tu casa. Lo has colocado en la presencia de tu hogar.

No le niegues tus besos.

Los echa de menos.

No claves tan alto a tu Cristo en Cruz.

El crucifijo se ha hecho para estar a la altura de nuestros labios.

En su colocación, por encima de la estética, manda el amor.

* * *

¿No tienes, amigo, un Crucifijo pequeño, tuyo, personal, en tu mesita

de noche?

Bésalo siempre.

Cuando se ama no se cuentan las veces.

Bésalo todas las noches.

Que un beso sobre los pies de un Cristo selle la jornada de cada día.

Bésalo como sea. Aunque tengas los labios fríos, indiferentes, helados.

Aunque los sientas sucios, pecadores, asquerosos.

Bésalo así.

Cristo tiene clavados los pies, no para ser besados por los ángeles, que con estar tan altos no llegan a ellos. Cristo espera el beso de los pecadores. Que por nosotros, y sólo por nosotros, está en la Cruz.

Los labios de un hombre que obstinadamente besan los pies de un Cristo, tarde o temprano, beso tras beso, acaban por purificarse y redimirse.

Un escultor puede con su gubia tallar en la madera un Cristo Purificado.

Todos podemos durante nuestra vida, beso a beso, tallar en nuestro propio Crucifijo los pies redentores de nuestro Cristo.

Y todos soñamos, todos —¿verdad?—, con que el último beso de nuestra vida sea para los pies llagados del Cristo de nuestra muerte.

Que la cadena de todos los besos —buenos y malos— de nuestra existencia, quede eternamente colgada, por su último eslabón, como ofrenda y homenaje, del clavo que atraviesa los pies de nuestro Crucifijo.

La cadena de una esclavitud trocada en guirnalda de liberación.

Y llegar así seguros, en nuestra muerte, por los pies de Cristo, camino infalible, hasta los brazos del Padre.

Porque, no lo olvides nunca, amigo:

¡Dios cojea en la Cruz de los dos pies!

Buenas noches, amigos.

Y hasta mañana.

¿QUIEN TE PARTIO LA CARA?

BUENAS NOCHES, AMIGOS:

En esta última noche, en que nos despedimos de mi Cristo Roto, he reservado la última mirada para lo que un muerto tiene de más incomprensible y abismal: su rostro.

Qué desconcertante esfinge la cara de un muerto.

Hay quien no la resiste y se libra de ella cubriéndola con un lienzo.

Es peor: como en todo lo velado aumenta su misterio.

Y por debajo del lienzo se insinúan, más perturbadoras y agresivas, unas facciones más elocuentes en su mudez que si nos llamaran a gritos.

Pero no es éste el caso de esta noche.

Es el rostro de un muerto querido; y entonces se le mira y se le mira, con pasmo y ternura, insaciablemente, cara a cara.

Hay algo qué encadena nuestros ojos abiertos, a los suyos cerrados.

La certeza trágica de que nos lo roban. De que no lo volveremos a ver más en la tierra. De que están contadas, implacables, las horas para, mirarlo.

Va a soplar una ráfaga helada que aventará en ceniza esas facciones destruyendo su armonía.

Pero Cristo es un muerto distinto de todos.

Por eso, para aprender a contemplar su rostro Muerto, en este Viernes de Dolores, debíamos pedirle prestados sus ojos a María, la Gran Contemplativa Dolorosa.

Desde que se lo clavaron en la Cruz, Ella se instaló a sus pies, clavada en la tierra; con sus ojos clavados también, más tenaces que los clavos, en el rostro de su Hijo.

No se le escapó ni un latido de sus sienes, ni un temblor de sus párpados, ni el paso leve de la última respiración en la piel tensa de la garganta ...

Asomarse á los ojos insondables de María en este Viernes de Dolores, es asistir a la proyección íntima y fidelísima de la Pasión de Cristo, registrada en sus pupilas y en ellas celosamente guardada.

Qué Sala de proyección, los ojos de la Madre, para contemplar la película más exacta y veraz de la Pasión del Hijo.

Préstanos tus ojos, Señora, para ver esta noche el rostro muerto del Hijo tuyo y hermano nuestro Jesucristo."

Préstanos tus ojos para verlo de cerca. Como tú, cuando ya desclavado de los brazos de la cruz lo colocaron en los tuyos inmensamente abiertos, Madre Crucificada; y le cogiste el rostro con tus dos manos, y lo enfrentaste al tuyo, cara a cara.

¿Cuánto tiempo estuviste muda contemplándolo?

Era tan absorbente tu dolor que te olvidaste de llorar.

Y mirabas, mirabas, devorándolo hambrienta con tus ojos, aquel rostro que apretaban tus dos manos; y que con tenerlo tan cerca de ti, lo sentías infinitamente lejano y ausente.

Parecía que iban a rasgarse tus ojos abiertos, sin pestañear, en un interrogante pasmo sin respuesta.

Tus ojos iban y venían, por el rostro amado del Hijo, de pasmo en pasmo.

Le mirabas los oídos. Pero no le dirigías ni una sola palabra: sabías que estaban sordos.

Le mirabas los labios. Pero no le hacías ninguna pregunta, puesto que no aguardabas ya respuesta alguna.

Le mirabas los ojos. Con el dardo escrutador de tu mirada tratabas de levantar sus párpados caídos ... pero desistías muy pronto de tu empeño. ¿Para qué, si al alzarlos, ibas a mirarte en unos ojos que no podían ya mirar los tuyos?

Fracasada, te quedó sólo un recurso.

Arrimaste más aquel rostro muerto al tuyo. Se juntaron las dos caras. Lo apretaste contra ti suavemente para no abrir de nuevo las heridas; y

tus labios buscaron luego su sitio acostumbrado.

Lo besaste calladamente, para no despertarlo, como cuando era niño.

Y en aquella mejilla helada de tu Hijo tropezaron tus labios con la huella de otro beso: el de Judas.

Entonces lo comprendiste todo.

Lo aceptaste todo.

Lo perdonaste todo.

Y tus ojos ya sin pasmo, volvieron a ablandarse y se acordaron otra vez de las lágrimas.

Llorabas mansamente mientras lo seguías besando mansamente en su mejilla.

Y tu llanto caliente iba borrando la huella del beso de Judas.

Porque eras la Madre del Hijo muerto.

Y eres la Madre también de todos los Judas, de todos los verdugos, de todos los pecadores.

Tu beso de Madre en su mejilla nos reconciliaba a tus hijos malos con tu Hijo Bueno,

Toda la Pasión se aprieta entre dos besos sobre la cara de Cristo.

El de Judas: relámpago de fuego que desencadena la tempestad.

Y el de María: sello y lacré final de la Corredentora.

Ante el beso de Judas, Cristo se queja: "Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?"

Ante el beso de María, Cristo ya no habla: "Todo está consumado".

Señora, préstanos tus ojos esta noche de Dolores para saber mirar la cara de tu Hijo.

No te pedimos ni tus labios, ni su mejilla, porque sólo tú puedes besarle en su rostro.

Nuestros labios ya aprendieron su sitio.

Nosotros le besamos sus pies.

La Vida Resucitada de Cristo también comienza con un beso: el que ponen sobre sus pies floridos de disfrazado jardinero, los labios irrefrenables de María Magdalena.

* * *

Vamos, pues, a contemplar, amigos, el rostro muerto de mi Cristo Roto.

Aquí está el Cristo. Pero, ¿dónde está su rostro?

En nuestra búsqueda, chocan nuestros ojos, como en una pared de roca, contra esa superficie lisa, que al partirle de arriba abajo la cabeza, ha quedado en el sitio que ocupó su cara.

Y nuestros ojos, doloridos, resbalan defraudados por ella, buscando inútilmente unos ojos, unas mejillas, una frente, unos labios.

Nada. Mi Cristo Roto no tiene cara.

Se la cortaron de un solo tajo vertical.

En su Pasión todos se ensañaron en su rostro: Judas lo besó villanamente; un soldado lo abofeteó ante el tribunal con su mano enguantada de hierro; soldados y verdugos le mesaron la barba, le rasgaron la frente con espinas ... Pero quedó entero, sin mutilaciones, su divino rostro.

María pudo besarle, muerto, su mejilla.

Nosotros esta noche, en nuevo pasmo, ante este Cristo sin rostro, sólo podemos preguntarle:

—¿Quién te partió la cara?

Cristo yo había oído muchas veces esta amenaza, en los labios trémulos por el odio, de un hombre a otro hombre: "¡Mira que te parto la cara!"

Y siempre pensé que los cegaba la ira en su imposible y loco desafío.

Todo suele quedar en un puñetazo, un bofetón, una cuchillada en la mejilla.

Sólo en Ti se ha cumplido, Señor, literalmente, la brutal amenaza.

¡Te han partido la cara!

De arriba abajo.

* * *

¿Por qué, Cristo?

Yo sé de muchos, que antes de meterse contigo en tus Imágenes, te destruían la cara, porque no resistían tus ojos.

No aguantaban que Dios los estuviera contemplando sereno, manso, impasible, mientras lo partían a hachazos.

No se atrevían a ofenderte cara a cara.

Y comenzaban aplastándote el rostro.

Eso ya lo hicieron los soldados en la Noche triste de tu Pasión Cuando jugaron contigo. No sé qué tendrán tus ojos que no los toleraron. Con un trapo sucio improvisaron una venda; te la pegaron a los ojos y apretaron el nudo fuertemente en tu nuca.

Apretaron cuanto pudieron, hasta hacerte daño, para que la luz de tus ojos no pudiera escapar entre tu cara y el trapo. Porque le tenían miedo hasta al resplandor de tu mirada.

Y entonces, sí; cuando te vieron vendado, se atrevieron.

Así somos los hombres de valientes.

Entre risotadas y burlas de soldadesca cuartelera te escupían, te daban bofetadas, te golpeaban con la caña en la corona hundiendo en tu frente las espinas; y con muecas y gestos de grotesca reverencia desfilaban por turno ante tus ojos vendados desafiando tu ceguera:

—Adivina, Cristo, ¿quién te pegó?

—Juguemos con El, que no nos ve.

Pero la luz de tus ojos atravesaba la venda de trapo asqueroso y los veía a todos, los reconocía a todos, sabía los nombres y la historia cobarde y cruel de todos.

Primero, te vendamos. Y luego, ya tranquilos, te ofendemos.

Insensatos.

No hay venda posible para cegar tus ojos.

Aunque machaquemos tu rostro nos sigues contemplando.

Cristo mío Roto, te partieron la cara, pero inútilmente.

Yo te miro; no te encuentro los ojos; pero siento que me miras; aunque de un modo distinto que cuando tienes ojos, desde otra Imagen tuya.

Aquí, sin ojos, me fulminas con invisibles ojos.

No se ven, pero están.

Como si esa superficie que te aplastó, achatándote la cara, fuera sólo una venda transparente que se ilumina de pronto con la ráfaga oculta de tu mirada.

Te partieron la cara, Cristo Roto, pero yo nunca he tenido un Crucifijo con más bellos e irresistibles ojos.

Y son a veces tan serios y tan tristes, que me haces bajar, avergonzados, los míos.

Nunca soñé que en un trozo liso e insensible de madera, como éste de tu cara partida, pudieran encenderse, diferentes siempre, tantos, tan dulces y tan severos ojos.

* * *

Aunque no creáis, amigos televidentes, que siempre, a todas horas, yo logro adivinarle los ojos, en su cabeza tajada, a mi Cristo Roto.

No. Os lo confieso.

Lo normal es la lucha estéril y la desilusión impotente.

Trato de contemplarlo con toda el alma amontonada en mis pupilas y veo solamente madera en vez de rostro.

Madera impenetrable en que rebotan mis miradas.

Madera durísima y esquiva que se resiste a mis ansias.

Ni ojos, ni oídos, ni mejillas, ni boca.

Sólo madera. Un pedazo vasto e informe de madera sobre los hombros de mi Cristo.

Como si mi Dios fuera ante mí el tronco inerte de un bosque.

Un Dios de madera.

Y entonces, os lo confieso, amigos, protesto, y me quejo y me rebelo, y me encaro con mi Dios y le grito:

—¿Por qué no te dejas ver, Señor?

¿Por qué me condenas a servirte entre tinieblas?

Pareces un Dios ciego, insensible, sordo y mudo.

Te pregunto y no contestas.

Te hablo y no me entero nunca de si me escuchas siquiera.

Protesto y permaneces hermético.

Te suplico de rodillas que me mires, que me enseñes tus ojos, y es en vano. Como si fueras ciego.

Si me miraras una sola vez; si yo lograra ver tus ojos, aunque sólo fuera una fracción de segundo, yo sé que sería ya bueno, bueno de veras, para siempre. Que no podría ser ya malo nunca, nunca...

¿No quieres Tú que yo sea bueno? Pues ¡mírame, Cristo; mírame!

—Ya te miro —dijo una voz, dentro de mí, sin labios ni palabras—. Ya te miro, no aparto mis ojos de tu vida. ¿Qué sería de ti si Yo dejara de mirarte? Te miro, aunque tú no veas que te miro. Te ven mis ojos, aunque tú no veas los míos. Y ése es el mérito de la fe: avanzar hacia Mí de noche, tanteando en las sombras, persiguiendo unas respuestas que no llegan, alargando unas manos frustradas que nunca tocan nada. Adelante, hijo, por la noche de la fe; hasta que un día, en recompensa, veas la Cara de Dios. Esa será la felicidad eterna.

* * *

Mi Cristo Roto, sin cara, es el símbolo plástico de mi fe.

Me paso muchos ratos mirando y mirando ese tajo vertical que es su rostro inexpresivo, como quien se ejercita y se entrena para esos días nublados y borrascosos de nuestra vida, en que miramos al cielo y el cielo es una superficie lisa y metálica, como el Rostro de mi Cristo, que nos aplasta despiadada o nos rechaza implacable.

Pero no deja de ser doloroso, amigos, tener siempre presente a mi lado un Cristo sin cara.

Ante esta brutal mutilación paso y aguanto las otras mutilaciones por penosas que parezcan.

Hasta presiento que acabaré por acostumbrarme a verlo manco y cojo de su lado derecho.

A lo que no se hacen jamás mis ojos es a verlo sin cara.

Cada vez que tropieza mi mirada con el tajo de su rostro se lastiman mis pupilas y protesta el corazón.

Es lo que más me cuesta no poder restaurar.

Para mis ojos espinados de arrastrarse por los miembros mutilados de mi Cristo, sería una dulce medicina poder descansar en el oasis de su rostro.

Por eso la punzante tentación de restaurárselo.

Imposible. Se lo prometí.

Aguantaré toda mi vida, cara a cara, a este dulce y terrible Cristo sin cara.

Muchas veces le pregunto:

—¿Cómo era, Señor, el rostro que te rebanaron?

Con mi fantasía te completo fácilmente el brazo y la pierna derecha que te faltan; porque tengo en tu lado izquierdo el módulo de ambos para recomponerlos.

Pero tu cara, ¿cómo era?

¿Estabas vivo o muerto? ¿Mirabas severamente o con dulzura?
¿Tenías los ojos cerrados o fijos en el que te contemplaba? ¿Qué había

en tus labios? ¿Siete Palabras, Agonía, Expiración o Insondable Silencio?

Imposible adivinarlo.

Más imposible acertar con tus facciones.

Te he puesto ya mil caras, creadas por mi fantasía, y ninguna me convence.

¡Qué difícil dar con la Cara de Dios!

* * *

Comprendo que tantos artistas hayan esquivado el compromiso de enfrentarse con el rostro de Cristo. Y se refugien en el ardid de un difícil y atrevido escorzo.

Porque un escorzo arriesgado se domina con técnica.

Pero el riesgo audacísimo de pintar la cara de Cristo, además de la técnica requiere el amor.

Técnica y amor, que han poseído, sin embargo, muchos inspirados pintores y escultores al plasmar el rostro de Cristo.

Cada artista, en su aventurado esfuerzo, nos ha dejado una visión parcial solamente, un instante concreto nada más, una interpretación fugaz de ese rostro inasequible, infinito en su riqueza psicológica, inabarcable en su multiforme expresividad.

Por Salas, Palacios, Catedrales, Colecciones y Museos andan repartidas esas parciales interpretaciones del rostro de Cristo.

Aunque pudiéramos reunir en un solo retrato los esfuerzos creadores de todos los artistas cristianos, la síntesis de todos ellos no llegaría jamás a reproducir fielmente el infinito rostro de Cristo.

Pero también este esfuerzo que trata de superar sus limitaciones para acercarse a Dios, es, como nuestra fe, una ofrenda y un homenaje de amor.

Es el sueño incoercible de los hombres por ver la Cara de Dios.

Y como los rostros que yo inventaba eran siempre un fracaso, yo les

he pedido prestadas a mis pintores y escultores favoritos, las caras que ellos han creado en sus retratos de Cristo.

Y ya que no puedo restaurar físicamente su rostro, me dedico, en un juego de mi fantasía y de mi cariño, a restaurárselo idealmente, colocando sobre su cabeza sin facciones, las caras que para Cristo ha soñado el arte universal.

Consumo en este juego, ratos y ratos.

Me consuelo al pensar que desagravio su rostro ofendido, volcando en él toda la historia del arte. Todos los estilos.

Por el tajo de su cara van pasando, en un desfile lento y sabroso, Museos, Colecciones, Galerías, Catedrales, Pinacotecas...

Me siento Velázquez y le ofrendo un rostro de rey, soberanamente reposado y sereno.

O acudo a Juan de Mesa para darle el patetismo barroco del Gran Padre o del Cristo de Vergara.

O a Montañés; y en contraste, lo envuelvo en la olímpica belleza clásica de Jesús de Pasión, o del Cristo de los Cálices.

Si invoco a Fra Angélico, consigo un dulcísimo rostro que contagia perdón y ternura.

Pero si voy a Leonardo, una infinita tristeza desolada ensombrece, como en "La Cena", a mi Cristo Roto.

Entonces corro al Greco; y las lágrimas temblorosas del Expolio ruedan, sin caer, por la madera transfigurada.

Si un día lo quiero terrible en su justicia, me basta pensar en Miguel Ángel y la Capilla Sixtina.

Pero esto dura poco. Prefiero la paz y el reposo de la muerte. Entonces hago dormir a mi Cristo con las cabezas yacentes que acostó en Castilla Gregorio Fernández.

Que se hacen más duras, afiladas y cadavéricas si evoco a Mantegna.

Y que cobran su máxima tragedia fúnebre con sólo acordarme de Grünewald.

Pero a las que yo despierto inmediatamente, alzándolas del pecho hundido, hasta verlas, tensas y erguidas, en la Suprema Expiración del Cachorro, por Ruiz Gijón.

Esa insuperable cabeza de Cristo, en Triana; que al mismo tiempo que lucha esforzada con la muerte, preludia ya en su gesto, el triunfo infalible de la Resurrección.

¿Cuántas horas habré gastado poniéndole caras a mi Cristo Roto?

No lo sé.

No acabo nunca. Todo me parece poco para desagraviar y embellecer su rostro aplastado...

Y vuelvo a empezar...

Repaso los rincones de viejos Museos olvidados.

Me acuerdo con júbilo de más pintores, de nuevos retratos, de perdidas esculturas que me descubre en su esfuerzo mi memoria.

Y otra vez el desfile de caras y caras bellas se va proyectando sobre la pantalla lisa de mi Cristo sin rostro.

* * *

Pero desde hace unos días he tenido que renunciar también al consuelo de este juego cariñoso.

Mi Cristo Roto es terrible en sus exigencias. No concede treguas.

Y me lo ha prohibido también.

Yo creí al principio que le gustaba y complacía.

Al menos lo toleraba silencioso.

Hasta que un día no pudo aguantar más y me interrumpió severamente:

—¡Basta! No me pongas ya más caras. He tolerado tu juego demasiado tiempo. Esperaba, en silencio, a ver si tú mismo acababas por comprender que no era de mi agrado lo que suponías un desagravio y un consuelo. Pero veo que es inútil. No acabas de comprenderme. No me pongas más esas caras que pides de limosna al

arte de los hombres. Quiero estar así, Roto sin cara. Prometiste que jamás me restaurarías...

—Y lo sigo prometiendo, Señor —le contesté confuso y sincero—. Yo creí que este juego de las caras no era restaurarte.

—No me restauras físicamente el rostro, es verdad. Pero buscas en el fondo, sin darte cuenta, otra restauración que te permita escapar de esa angustia que te produce mi cara partida. Sé sincero: buscas mi consuelo, ¿o el tuyo? Examínate.

Yo callaba. El Cristo Roto me acosaba implacable. Seguía:

—Te acongoja mirarme como estoy. Y fabricas con tu imaginación mentirosas caras bellas que interpones entre tus ojos y mi cabeza partida en tajo. No acabas de aceptar la verdad, sin atenuantes, de mi Pasión. Prefieres la mentira de tus fantasías. Y cada una de esas caras es un disfraz sobre mis dolores. Basta. Acéptame así. Roto, sin cara.

—Quiero aceptarte, Señor. Pero no sé. Ayúdame.

Callábamos los dos.

¿Qué iba a añadir yo? No me atrevía ni a mirarlo.

Hasta que el Cristo, en un tono más dulce e insinuante, prosiguió:

—A no ser que quisieras ensayar otro juego; ponerme otras caras ... Esas, sí las aceptaría...

—¿Cuáles, Señor? Te las pondré en seguida.

—No lo creo. Te conozco.

—¿Por qué no? —insistí decidido deseando complacerle—. Dime de qué caras se trata.

—Temo que no lo entiendas. Incluso que te escandalices como los fariseos. Es una lección muy dura.

—Pondré todo mi esfuerzo en comprenderla. ¿A qué caras te refieres? Dímelo.

—A otras; pero reales, no fingidas, como las que inventabas. Y que son también más, muy más... Como la que me cortaron de un tajo.

—¡Ah, creo adivinar, Señor! —interrumpí satisfecho.

—A ver. Explicate —me urgió Cristo.

—¿No te refieres a las Caras de los Santos, de los Apóstoles, de los Mártires, de las Vírgenes; que son tuyas porque sus dueños, al participar de tu santidad, resultaban semejantes a Ti?

—¿Ves cómo no aciertas? —sonrió mi Cristo tristemente—. Es verdad que esas caras son mías, como tú has dicho. Pero ésas, ya las tengo; y nadie me las niega ni regatea. Yo quiero otras caras que también son mías ... Las de los Santos son muy fáciles de colocar sobre mi rostro aplastado. Pero ésas que yo reclamo, muy pocos, contadísimos, se atreverían a ponérmelas.

—Yo sí; dímelas —atajé vehemente.

—Bueno, —respondió mi Cristo con calma—. Tú me lo has pedido. Después no te quejes.

Hizo un descanso, como para tomar fuerzas. Respiró profundamente. Dudó. Me pareció que se volvía atrás.

Yo estaba ya asustado. Le tuve miedo a mi Cristo.

Me arrepentía de haberle urgido. Casi forzado.

Pero no había remedio.

Sonó su voz pausada y segura.

Me preguntaba:

—¿No tienes por ahí un retrato de tu enemigo? De ése que te tiene envidia y no te deja vivir. Del que interpreta mal, por sistema, todas tus cosas. Del que siempre, por todas partes, va hablando mal de ti. Del que te desprecia. Del que te arruinó. Del que dio malos y decisivos informes sobre ti. Del amigo traidor que te puso una zancadilla. Del que logró echarte del puesto que tenías. Del que te calumnió vilmente. Del que te estropeó tus planes. Del que te persigue siempre. Del que no te perdona jamás. Del que te engañó miserablemente. Del que te echó a la calle contra toda justicia. Del que te denunció. Del que metió en la cárcel a tu hermano. Del que se aprovechó de la guerra y mató a tu padre...

—Cristo, por favor, ¡no sigas! —exploté indignado. Cada frase me había ido encendiendo; al fin no pude más. —Calla, Señor, por piedad —le supliqué con voz sumisa.

—¿No lo ves? Ya te lo previne. Es demasiado, ¿verdad?

—Es antihumano, Cristo. Es absurdo —callé un instante—. Pero no me hagas caso, sigue; sigue hablándome. Te lo suplico. Sigue.

Porque Dios es un abismo misterioso que al mismo tiempo que nos asusta y acongoja, nos atrae y encadena irremisiblemente.

—Sigue, Señor; sigue hablándome.

—Bueno. ¿Te has fijado bien en las caras de los leprosos, de los anormales, de los idiotizados, de los mendigos sucios y malolientes, de los imbéciles, de los locos, de los que se babea...

—Y, ¿me vas a decir, Cristo, que esas son también caras tuyas? ¿Y que te las ponga?

—Naturalmente. Y, ¡me las vas a poner!

—Imposible.

—Espera. No acabé aún. Toma bien nota de esta última lista y no olvides ningún rostro. Tienes que ponerme la cara del blasfemo, del suicida, del degenerado, del ladrón, del borracho, del asesino, del criminal, del traidor, del vicioso, de la prostituta... Yo callaba. Imposible contestar.

—No sé, Señor. No entiendo nada. «Esas caras, ¿sobre tu cara?

—Sí, ¡sobre la mía! —prosiguió Cristo cada vez con más fuego—. Y, ¿te extraña que los tolere y los quiera sobre mi cara? Pero, ¿no ves que los llevo en mi corazón, que es más, infinitamente más, que llevarlos sobre el rostro? ¿No ves que he dado por todos la vida? Por todos, ¿oyes? ¡Por todos!

Calló Cristo.

Yo, desconcertado, evitaba hasta mirarlo.

Cuanto más replicarle.

Su voz, más íntima, proseguía:

—Lo que más me decepciona es que te escandalices. Que te asustes farisaicamente. Qué lejos estás de Mí, entonces. ¿Cuándo me comprenderéis? ¿Qué sabes tú de mis planes? ¿Qué sabes de mis designios sobre las almas? ¿Qué podrás tú entender de las infinitas locuras de mi Amor?

Nunca me habló mi Cristo con tan soberana y divina solemnidad.

Temblaba en su voz una resonancia de eternidades.

—Ahora vas a comprender un poco lo que fue la Redención. Escucha: Yo me hice responsable, voluntariamente, de todos los pecados, lacras y degeneraciones de toda la humanidad a lo largo de toda su historia. Yo cargué con todas sus blasfemias, crímenes, aberraciones y vicios. Todo pesaba sobre Mí. Y con todo eso a costas me clavaron en la Cruz.

Mi Padre se asomó para verme. El se mira siempre en mis ojos. Yo soy el espejo en que se contempla mi Padre complacido. Soy su Rostro. Dios no tiene cara visible. Yo soy la Cara de Dios.

Se asomó desde el Cielo para verme en la Cruz y contemplarse en mi Rostro.

Clavó sus ojos en Mí. Y su pasmo fue infinito.

Sobre mi rostro vio superpuestas, sucesiva y vertiginosamente, las caras de todos, absolutamente de todos los hombres.

En mi cara estaban todas las caras.

Porque yo, voluntariamente, para que El no los castigara, daba la cara por todos los hombres, mis hermanos.

Y así, quedé sin cara.

Mi Padre, desde el Cielo, durante aquellas tres horas de mi agonía en la Cruz, estuvo contemplando, sobre mi cara, el desfile trágico de todas las caras. Era horrible. Pero mientras tanto yo le decía. "Padre, perdónalos; no saben lo que hacen".

Y mi Padre los perdonaba. Mi Padre no los condenaba. Mi Padre los

amaba porque estaban en mi cara. Porque yo daba por ellos la cara.
Porque ellos eran entonces mi cara.

Y se reconcilió con aquella humanidad que El veía en el espejo de mi rostro.

No era Yo sólo el que estaba en la Cruz.

Ni moría Yo sólo.

Todos os apretabais en Mí. Y todos moríais Connmigo.

Yo tenía innumerables rostros. Infinitas caras.

Sobre mi cara lívida y destrozada; sobre las heridas, los rasguños, el polvo, la hiel, la sangre y los salivazos, se iban proyectando todas vuestras caras.

Nunca, por una pantalla, ha pasado un desfile tan repugnante, tan grosero y perverso.

Mi Padre, que no quitaba los ojos de mi cara, reconocía, sobre ella, todas vuestras caras:

La del soberbio, con la frente armada, en desafío, de protestas y de rebeldías.

La del sectario, maquinando la destrucción de Dios y de su Iglesia.

La del asesino y criminal, fría, calculadora, repulsiva.

Caras de checas, de presidios, de campos de concentración.

Caras de prostíbulos.

Bocas apestosas de blasfemias.

Labios repugnantes con asquerosas babas.

Ojeras hundidas, marcadas a fuego de lujuria.

Pupilas obnubiladas y viscosas de los drogados. Aliento inaguantable, a vino fermentado, en los borrachos.

Narices curvas, aves de presa, en los ladrones, los avaros y los explotadores.

Palidez de madrugada sórdida en el vicio.

Rictus de amargura, de desesperación, de odio, de rabia, de despecho.

Dentaduras pestíferas, con dientes podridos, en los envidiosos.

Turbadoras miradas de perversión, de complejos psicológicos, y de misteriosas subterráneas anormalidades.

Yo sentía pasar sobre mi pobre boca crucificada, el cigarrillo de opio, el vaso de whisky, la droga, el veneno, el vómito, el pus, la agonía, la muerte.

Qué infinito dolor y qué infinito amor, en mi cara.

Mi Padre contemplaba el desfile desde el Cielo y perdonaba: ¡ya erais mis hermanos!

Mi Madre, María, con sus ojos en los míos, contemplaba el desfile de caras desde la tierra, al pie de la Cruz. Y fue entonces cuando le dije:

—Mujer, mira a tus hijos.

Y en Mí, os aceptó a todos. Se hizo Madre de todos.

Os amó a todos infinitamente.

Porque a todos os veía en la cara de su Hijo.

¿Comprendes ahora lo que fue mi Redención?

¿Adivinas la locura de mi amor que fue capaz de dar la cara por todos vosotros?

¿A que ahora ya te atreves a poner sobre la mía todas esas caras?

Estoy seguro de que ya no volverás nunca a ponerme esos disfraces mentirosos que mendigabas a los Museos.

¡Qué ridículo el arte de los hombres!

¡Qué insondable el amor de Dios!

* * *

Mi Cristo Roto enmudeció desde entonces.

Me había dado la suprema y más difícil lección.

Y no ha vuelto a hablarme más.

Esta noche nos despedimos de El.

No olvidéis nunca, amigos, esta superficie lisa y monda de su rostro
tajado verticalmente.

Es una pantalla de proyección ante su Padre.

Es un portarretratos vacío.

Pero ya conocemos su uso.

Amigó, ¿tienes un rostro de hermano al que no puedas ver? ¿Lo odias?
¿Te causó mucho daño? ¿Te lo sigue haciendo? ¿No consigues
perdonarlo?

Ya sabes lo que pide Cristo.

Anda, sé valiente; coge esa cara antipática y repugnante de tu
enemigo; acércala a Cristo; atrévete, decídet.

Aunque te tiemble la mano.

Aunque se te rebele, encabritado, tu amor propio.

Aunque griten y protesten, epilépticos, tus más elementales instintos.

Anda. Acerca más esa cara.

Júntala a la de Cristo en la Cruz.

Que queden superpuestas. Facciones sobre facciones.

Mira ahora: Cristo está en la Cruz con la cara de tu enemigo.

Cierra los ojos.

Entreabre los labios.

Acércalos a los pies de Cristo.

Y, ¡bésalo!

Besarás a un Cristo que tiene la cara de tu enemigo.

Ya no lo odias.

Cristo sonrío agradecido y contento.

Te envuelve, musical y acariciadora, una voz eterna: "Amaos los unos

a los otros como yo os he amado".

Y sentirás que en tu corazón, sin odios ni rencores, empieza a despertarse el amor.

* * *

El retrato de los que amas, familiares y amigos, lo pones en tu cartera sobre tu pecho.

El retrato de tu enemigo lo colocas sobre la cara de Cristo.

¿En mejor sitio mi enemigo?

Sí. Ese es su único sitio.

La única manera de contemplar su retrato, sin odio y con amor, es colocándolo sobre la cara de Cristo, que dio la cara por todos sus enemigos.

La cara de Cristo: el portarretratos prodigioso, en donde al enmarcarlo se empieza a amar ese rostro enemigo al que nos parecía imposible dejar de odiar nunca.

Buenas noches, amigos.